Puro Hielo

CORAZONES DE HIELO



EVA LUNA RAY

Puro hielo

Una novela de romance deportivo
de enemigos a amantes

Corazones de hielo
Eva Luna Ray

© **2026, Eva Luna Ray.** Todos los derechos reservados.

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución o transformación de esta obra sin la autorización previa de la autora. El respeto a la propiedad intelectual permite que las historias sigan latiendo y que el hielo siga ardiendo.

Nota de la autora: Esta novela es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad, jugadores de la liga o eventos deportivos es pura coincidencia o fruto del azar de las mareas.

La serie **«Corazones de Hielo»** es una colección de refugios literarios diseñados para celebrar la fuerza, la redención y el amor que sana incluso las cicatrices más profundas del pasado. Estas páginas son una invitación a detener el tiempo, un viaje sensorial por la intensidad de la pista y un encuentro con lo que de verdad importa.

Gracias por iniciar este viaje conmigo por los rincones más fríos —y a la vez más cálidos— de nuestra geografía emocional. Que la bruma te sea leve y el corazón encuentre, por fin, su puerto seguro.

Índice

Capítulo 1: Tacones sobre el hielo
Capítulo 2: El lenguaje de los muros
Capítulo 3: Zona neutral
Capítulo 4: Fuera de juego
Capítulo 5: El pacto del diablo
Capítulo 6: Cero grados
Capítulo 7: Escándalo viral
Capítulo 8: Camino a la montaña
Capítulo 9: Puertas cerradas
Capítulo 10: Aislados
Capítulo 11: Una sola cama
Capítulo 12: Sin electricidad
Capítulo 13: Cicatrices
Capítulo 14: Pesadillas en el hielo
Capítulo 15: Preguntas peligrosas
Capítulo 16: El roce del frío
Capítulo 17: Reflejos
Capítulo 18: Confidencias al fuego

Capítulo 19: La grieta
Capítulo 20: El beso que lo cambió todo
Capítulo 21: Retorno a la realidad
Capítulo 22: El secreto
Capítulo 23: Cómplices en el vestuario
Capítulo 24: Bajo el visor
Capítulo 25: Cena para dos
Capítulo 26: Puro Deseo
Capítulo 27: La sombra del pasado
Capítulo 28: Malentendidos
Capítulo 29: La filtración
Capítulo 30: El muro de cristal
Capítulo 31: Silencio en las gradas
Capítulo 32: La verdad
Capítulo 33: Consejos de un portero
Capítulo 34: El gran sacrificio
Capítulo 35: El partido decisivo
Capítulo 36: Sin protecciones
Capítulo 37: Perdón bajo la nieve
Capítulo 38: La nueva regla de oro
Epílogo: Puro Hielo, Corazón Caliente

Capítulo 1: Tacones sobre el hielo

El frío de Colorado no es una temperatura; es una bofetada personal.

Bajo del coche de alquiler y el aire gélido me corta la respiración, calando hasta los huesos a través del abrigo de lana que, en Madrid, parecía una armadura impenetrable. Aquí es papel de fumar. Mis pies, embutidos en unos zapatos de aguja que costaron el sueldo de un mes, protestan en cuanto tocan el suelo. No hay asfalto, solo una capa traicionera de escarcha y grava que amenaza con enviarme directa a la sala de urgencias más cercana.

—Maldita sea —mascullo, apretando los dientes mientras me aferro a la puerta del vehículo para no perder el equilibrio.

Vail Creek parece un escenario de postal navideña diseñado por un sádico. El estadio de los Blizzard, *The Ice Box*, se levanta ante mí como un mausoleo de cristal y acero. Es imponente, oscuro y, ahora mismo, el único obstáculo entre mi carrera y el olvido absoluto.

Camino con la dignidad de un funambulista hacia la entrada lateral. El eco de mis pasos sobre el metal del pasillo de acceso resuena en el silencio sepulcral del edificio. El conserje me ha indicado que el dueño me espera en los palcos, pero mis pies, por puro instinto, me guían hacia el túnel que desemboca en la pista principal.

Un sonido rítmico me detiene.

Zas. Zas. Zas.

Es el roce de una cuchilla cortando el hielo con una violencia calculada. Me asomo a la grada vacía, oculta tras la penumbra de las filas superiores. Allí abajo, bajo el fulgor blanco de los focos, hay un hombre.

No patina; caza. Se mueve con una agilidad que desafía su envergadura. Viste la equipación de entrenamiento, pero no lleva el casco. El sudor le empapa el cabello oscuro, que se pega a su frente mientras gira sobre sí mismo en un ángulo imposible. Realiza un disparo. El disco sale despedido con una fuerza que hace que el impacto contra la red suene como el estallido de un fusil.

Se me corta el aliento. Ese debe ser Erick Vane.

El hombre al que la prensa llama «El Témpano». El capitán que, según mi contrato, debo domar antes de que destruya la reputación del equipo. Desde aquí arriba, mientras lo veo golpear el disco una y otra vez con una ferocidad casi animal, comprendo que las fotos de las revistas no le hacen justicia. No es solo un atleta; es una fuerza de la naturaleza contenida en un cuerpo cargado de tensión.

Él se detiene de golpe, como si hubiera olido mi perfume o detectado una presencia extraña en su santuario. Gira la cabeza hacia la grada oscura donde me escondo. Sus ojos grises barren el acero y el cemento hasta que, por un segundo, juraría que se clavan en los míos.

Me quedo inmóvil. Mis tacones resbalan un milímetro sobre el suelo y el chasquido me delata.

Él no dice nada. Se limita a golpear el hielo con su stick en un gesto impaciente. Es una advertencia silenciosa: este es su territorio y yo soy la intrusa.

Capítulo 2: El lenguaje de los muros

El hielo es el único lugar donde el mundo deja de gritar.

Deslizo las cuchillas sobre la superficie lisa, disfrutando del siseo rítmico que es, para mí, la mejor banda sonora posible. Aquí no soy el hijo de un alcohólico ni el capitán de un equipo que se hunde en la clasificación. Aquí soy solo velocidad y potencia. Golpeo el puck con la rabia contenida de toda una semana y el sonido del impacto contra la red reverbera en las gradas vacías de The Ice Box.

Paz.

O eso creo hasta que un olor extraño invade mi zona. No es sudor, ni cuero, ni el aroma metálico de la pista. Es algo floral. Dulce. Fuera de lugar.

Me detengo en seco y giro la cabeza. En la penumbra de la grada superior, una silueta me observa. No distingo su cara, pero el brillo de su abrigo y la forma en que se sostiene delatan que no pertenece aquí. Es una intrusa. Golpeo el hielo con el stick, un aviso de que este santuario es privado, y la veo respingar antes de desaparecer entre las sombras.

—Idiotas —gruño, mientras limpio el sudor de mi frente con el dorso del guante.

Diez minutos después, estoy en la planta noble del estadio. Mis patines han sido sustituidos por calzado de calle, pero sigo sintiendo el frío en los nudillos. Empujo la puerta de madera noble de la oficina de Miller, el dueño del equipo, sin llamar.

Allí está ella.

De cerca, es incluso más irritante que desde la grada. Es pequeña, está perfectamente peinada y desprende una seguridad que me pone los pelos de punta. Viste un traje que grita «ciudad» y tiene los labios pintados de un rojo que destaca demasiado sobre su piel pálida.

—Erick, finalmente —dice Miller, levantándose con una sonrisa forzada que no le llega a los ojos—. Ella es Marina Soler. La solución a todos tus incendios mediáticos.

No le tiendo la mano. Ni siquiera la miro a los ojos. Me limito a cruzarme de brazos, dejando que mi envergadura llene la habitación, intentando intimidarla por pura inercia.

—No necesito una niñera, Miller. Necesito una defensa que no se abra como un queso suizo en el tercer periodo —suelto con voz ronca.

—Lo que necesitas, señor Vane —interviene ella, y su voz es como el cristal: clara, fría y afilada—, es dejar de ser el titular favorito de la prensa de escándalos. El club está perdiendo patrocinadores por su temperamento y yo estoy aquí para asegurar que su cara sirva para algo más que para recibir golpes.

Giro la cabeza hacia ella de forma pausada. Muchos hombres de la liga se lo pensarían dos veces antes de sostenerme la mirada cuando estoy de este humor. Ella no parpadea. Me observa como si fuera un problema matemático que tiene que resolver, no como el capitán de los Blizzard.

—Mi cara no es asunto suyo —mascullo, dando un paso hacia ella para invadir su espacio personal.

Marina ni siquiera retrocede. Se inclina un poco hacia delante, desafiante, y el aroma a flores me golpea de nuevo.

—Desde que firmé el contrato, su cara, su imagen y cada palabra que sale de su boca son mi asunto —responde con una sonrisa gélida—. Así que puede seguir gruñendo o puede sentarse para que le explique cómo voy a salvar lo que queda de su reputación.

Maldita sea. Esto va a ser un infierno.

Capítulo 3: Zona neutral

El olor a caucho quemado, sudor antiguo y desinfectante industrial impregna el pasillo que conduce a las entrañas del estadio. Es un aroma masculino, rudo y extrañamente embriagador que me advierte de que estoy cruzando una frontera invisible.

Ajusto la correa de mi maletín y avanzo con paso firme. Mi objetivo es simple: realizar una auditoría de campo. Si quiero limpiar la imagen de los Blizzard, necesito ver cómo se comportan en su hábitat natural, sin cámaras ni directivos delante.

Me detengo frente a la pesada puerta de doble hoja con el logo del lobo ártico. Justo cuando voy a empujar, el mundo se vuelve oscuro.

Una barrera de músculos y tela deportiva bloquea mi camino. Alzo la vista, y más arriba, y más arriba todavía, hasta encontrarme con los ojos grises de Erick Vane. No lleva la armadura de hockey, pero su presencia es igual de intimidante. Sus hombros son tan anchos que casi tocan ambos marcos de la puerta.

—Ni un paso más, Soler —suelta él. Su voz es un retumbar grave que vibra en el aire del pasillo.

—Señor Vane, no tengo tiempo para juegos de territorio. Mi contrato especifica acceso total a las instalaciones —respondo, tratando de que mi voz no delate que tenerlo tan cerca me acelera el pulso.

—A las instalaciones, sí. Al vestuario, no. Este es el único lugar donde no hay protocolos ni relaciones públicas que valgan. Aquí mandamos nosotros.

Erick se cruza de brazos. El movimiento hace que sus bíceps tensen la tela de su camiseta y que se acerque un poco más a mí, de forma deliberada. Su altura es ridícula. Me obliga a echar la cabeza hacia atrás, exponiendo mi cuello, una posición de vulnerabilidad que detesto.

—No voy a quedarme fuera mientras ustedes deciden si soy digna de entrar —le espeto, dando un paso al frente—. Apártese.

—Oblígueme.

Es un desafío. Sus ojos brillan con una mezcla de diversión y advertencia. Sé que debería retroceder y llamar a Miller, pero el orgullo me quema en la garganta. Sin pensarlo, apoyo la palma de mi mano derecha en su pecho, justo sobre el corazón, con la intención de empujarlo.

El impacto es inmediato.

No es solo la dureza de su cuerpo, que se siente como roca bajo la fina capa de algodón. Es una descarga eléctrica que me recorre el brazo y se instala en la base de mi estómago. Siento el latido de su corazón, rítmico y potente, bajo mi mano. El calor que desprende es sofocante, una brasa viva en medio de este edificio de hielo.

Me quedo paralizada. No lo empujo, solo me quedo ahí, unida a él por ese contacto prohibido.

Erick deja de sonreír. Su respiración se vuelve más profunda, más pesada. Baja la vista hacia mi mano y luego vuelve a mis ojos. El silencio en el pasillo se vuelve tan denso que casi puedo tocarlo.

—Tiene las manos frías, Soler —dice en un susurro ronco, sin moverse un solo milímetro.

—Es lo que tiene vivir en este glaciar —respondo, aunque mi voz suena más débil de lo que pretendo.

No retiro la mano. No porque no quiera, sino porque mis dedos parecen haber olvidado cómo moverse. Por un segundo, la animosidad desaparece y solo queda esa tensión física insoportable que amenaza con derretir el suelo bajo nuestros pies.

Capítulo 4: Fuera de juego

El salón de actos del hotel Grand Vail brilla con una opulencia que me resulta asfixiante. Cristal de Bohemia, manteles de hilo y un desfile de abrigos de piel que cuestan más que mi coche. Es el escenario perfecto para una catástrofe.

Vigilo a Erick desde el otro lado de la sala. Viste un traje azul medianoche hecho a medida que debería suavizar su imagen, pero el efecto es el contrario. Parece un lobo disfrazado de cordero, con los hombros tensos y esa expresión de desprecio absoluto grabada en su mandíbula de granito.

Me acerco justo cuando veo que se encara con un hombre de mediana edad, de rostro enrojecido por el coñac y una sonrisa condescendiente. Es un magnate del sector inmobiliario y uno de los mayores donantes del equipo.

—Solo digo, Vane, que por lo que te pagamos, deberías esforzarte más en el último cuarto. Pareces una bailarina sobre el hielo —dice el hombre, soltando una carcajada que salpica el aire.

Erick da un paso al frente. El vaso de whisky que sostiene cruje bajo la presión de sus dedos. Sus ojos grises son cuchillas.

—Si vuelve a decir «bailarina» —su voz es un rugido bajo, peligroso—, voy a enseñarle cómo se siente un impacto contra la valla sin protecciones.

El donante palidece. El silencio empieza a extenderse por las mesas cercanas como una mancha de aceite. Intervengo justo antes de que Erick cometa un suicidio profesional en directo.

—¡Oh, señor Henderson! —exclamo, deslizando mi brazo por el de Erick con una sonrisa radiante que no llega a mis ojos—. Perdone que interrumpa, pero el capitán está hoy un poco... sensible. No se lo tome como algo personal. Acaba de recibir una noticia muy emotiva de la fundación benéfica con la que colabora en secreto.

Henderson parpadea, confundido. Erick me mira como si me hubiera salido una segunda cabeza.

—¿Una fundación? —balbucea el hombre.

—Sí —miento sin pestañear, apretando el brazo de Erick para que se calle—. Es un proyecto para niños con dificultades motrices que quieren aprender a patinar. Erick se pone muy intenso cuando piensa en el esfuerzo de esos pequeños. Es todo un caballero, ¿verdad?

Henderson se relaja, incluso se conmueve. Erick abre la boca para protestar, pero le hundo las uñas en el antebrazo con suavidad.

—Venga, Erick, vamos a buscar ese informe que prometiste enseñarme —digo, arrastrándolo fuera del círculo social antes de que el desastre sea total.

No soltamos el contacto hasta que llegamos al pasillo de servicio, lejos de los flashes y el champán. El aire aquí es más frío, pero la tensión entre nosotros quema.

—¿Niños que patinan? —suelta él, zafándose de mi brazo con un gesto brusco—. No colaboro con ninguna fundación de niños. No miento por nadie, Soler.

—Pues empiece a hacerlo —le espeto, plantándole cara—. Ese hombre firma los cheques que pagan su sueldo. Casi lo golpea frente a toda la prensa local. He tenido que inventarme una vida santa para usted porque su falta de tacto es legendaria.

—No necesito que me inventes una vida.

Erick se acerca, acorralándome contra la pared de papel pintado del pasillo. Su altura vuelve a ser un arma. Apoya una mano sobre mi cabeza, cerrándome el paso. El olor a colonia cara y alcohol me marea.

—Lo que necesita es bajar de su pedestal —replico, aunque mi corazón golpea con fuerza contra mis costillas—. En ese salón, usted es un producto. Y yo soy la que se asegura de que el producto no acabe en la basura.

—Un producto —repite él en un susurro. Baja la vista hacia mis labios y luego vuelve a mis ojos. La rabia de hace un momento se transforma en algo mucho más oscuro y denso—. Pruébame de nuevo, Marina. Y te aseguro que serás la primera en quemarte.

Capítulo 5: El pacto del diablo

La oficina de Miller huele a tabaco caro y a decisiones desesperadas. Tras el desastre de la cena benéfica, el aire se siente tan pesado que cuesta inhalar. Miller está sentado tras su escritorio de caoba, con las manos entrelazadas y una expresión que no vaticina nada bueno.

Erick está de pie a mi lado. Sigue vistiendo el traje de ayer, aunque se ha quitado la corbata y tiene el primer botón de la camisa desabrochado. Irradia una hostilidad tan palpable que casi puedo sentirla vibrar contra mi propia piel.

—Se acabó el tiempo de las advertencias —empieza Miller, lanzando una carpeta azul sobre la mesa—. Erick, los patrocinadores están llamando para cancelar. El incidente con Henderson ha sido la gota que ha colmado el vaso. No les importa que Marina te salvara el cuello con esa historia de los niños; lo que ven es a un capitán fuera de control.

Erick se tensa tanto que los músculos de su cuello parecen cuerdas de piano a punto de romperse.

—Henderson es un imbécil —masca él con voz ronca.

—Y un imbécil que pone tres millones de euros al año en este club —ruge Miller, poniéndose en pie—. Así que, o aceptas las condiciones de Marina, o esta misma tarde convocaré una rueda de prensa para anunciar que dejas de ser el capitán de los Blizzard.

El silencio que sigue es sepulcral. Siento un escalofrío. Para un hombre como Erick, el C de su camiseta es su identidad, su honor, su vida entera. Quitarle eso es vaciarlo por dentro.

Giro la cabeza para mirarlo. Sus ojos grises están fijos en los de Miller, cargados de una furia gélida. Luego, me mira a mí. Hay un segundo de vulnerabilidad absoluta en su mirada antes de que la máscara de hielo vuelva a encajarse en su sitio.

—¿Qué condiciones? —suelta él, escupiendo las palabras como si fueran veneno.

Saco un documento de mi maletín y lo deslizo sobre la mesa. Es el acuerdo que he redactado durante la madrugada, con los dedos

temblorosos por la cafeína y la falta de sueño.

—Convivencia laboral estricta —digo con voz firme—. A partir de hoy, no hay movimientos sin mi supervisión. Me mudaré a una de las suites del complejo del equipo para estar disponible las veinticuatro horas. Usted se compromete a asistir a todas las sesiones de terapia de imagen, a cumplir con el calendario de redes sociales y, lo más importante, a no dar un solo paso público sin mi aprobación previa.

Erick suelta una risotada seca y amarga.

—¿Quieres que te pida permiso hasta para ir al baño, Soler?

—Si eso evita que golpee a un inversor, sí —respondo sin parpadear.

Miller empuja un bolígrafo hacia él.

—Firma, Erick. O entrega la C. No hay tercera opción.

Veo la lucha interna en el juego de su mandíbula. Sus dedos grandes y callosos agarran el bolígrafo con una fuerza que amenaza con partirlo. Firma con un trazo rápido y violento, casi desgarrando el papel. Luego, tira el bolígrafo sobre la mesa y se gira hacia mí, acortando la distancia hasta que su pecho casi roza mis hombros.

—Has ganado —me susurra al oído, y su aliento cálido me eriza el vello de la nuca—. Pero ten cuidado con lo que deseas, Marina. Porque a partir de ahora, mi sombra va a ser la tuya. Y te aseguro que no vas a aguantar mi ritmo.

Se da la vuelta y sale de la oficina sin mirar atrás, dando un portazo que hace vibrar los cristales.

Miller suspira y se deja caer en su silla.

—Suerte, Marina. La vas a necesitar. Acabas de encadenarte al hombre más difícil de este país.

Miro mi propia firma en el documento. Mis manos están frías, pero mi corazón late con una urgencia que no tiene nada que ver con el miedo. He conseguido el control, pero algo me dice que el precio a pagar será mucho más alto de lo que mi contrato estipula.

Capítulo 6: Cero grados

El estudio fotográfico del estadio es un cubo blanco e impersonal, saturado de luces cegadoras y el chirrido incesante de un ventilador. Es el ambiente que más detesta Erick, y lo sé.

—Necesitamos que se relaje, capitán —dice la fotógrafa con voz suave, ajustando el foco de su cámara—. Que transmita pasión por el hockey.

Erick está sobre un taburete alto, vistiendo la nueva equipación de los Blizzard. Los protectores le dan una envergadura descomunal. Su casco está en el suelo. Su mandíbula, tensa, parece tallada en hielo. Sus ojos no tienen brillo.

—Estoy posando —suelta, y su voz suena tan vacía como el estudio.

La fotógrafa me mira, pidiendo ayuda en silencio. Respiro hondo. Es mi turno. Me acerco a Erick con una sonrisa profesional, ignorando el aura de peligro que lo envuelve.

—Erick, no queremos una foto de carné —le digo. Paso por detrás de él, sintiendo el calor que irradia su cuerpo a través de la tela—. El puck es una extensión de usted, ¿verdad? Quiero que la lente capture esa ferocidad, ese instinto. Piense en la pista.

Él no se mueve. Ni un músculo.

Me detengo a su lado y bajo la vista hacia su stick de hockey, que descansa en el suelo.

—Dígame, capitán —empiezo, con voz más suave de lo que pretendo—. ¿Cómo empezó todo? ¿Siempre fue el hielo su refugio o hubo algo más? Un niño solo, quizás, buscando un escape.

Su cuerpo se tensa bajo mi mano, que ahora descansa de forma casi imperceptible sobre su hombro acolchado. Es una provocación directa, un dardo lanzado a su pasado hermético.

—No es asunto suyo —masculla, y su voz ha perdido la frialdad. Ahora hay una rabia contenida que empieza a bullir.

—Mi trabajo es hacer que el mundo conecte con usted, Erick. Y para eso, debo entender qué hay detrás de «El Témpano». ¿Es el miedo a volver a ser ese niño que no tenía nada?

Erick se levanta del taburete con una rapidez que me hace tambalearme hacia atrás. Sus ojos, antes vacíos, ahora arden con un fuego brutal. Me atrapa por los hombros, sus dedos grandes apretando la tela de mi chaqueta.

La fotógrafa ha bajado la cámara, en silencio.

—No vuelvas a hablar de eso, Marina —su aliento cálido golpea mi cara. Estoy tan cerca que veo el vello oscuro de su mandíbula. El aire se carga de electricidad estática.

—Es la verdad, ¿no? —susurro, sintiendo el calor de sus manos a través de la tela. Mi corazón late con una fuerza que me duele.

Él me observa, con los ojos entrecerrados. Es una lucha de voluntades pura. La ira lucha contra algo más profundo y prohibido en su mirada.

Entonces, la fotógrafa, con un clic casi imperceptible, saca una foto. Es el instante perfecto. Erick, inmovilizándome contra su cuerpo, su rostro a milímetros del mío, la tensión sexual en su punto álgido. Él es un depredador; yo soy la presa que no huye.

Erick afloja el agarre, consciente de que alguien más ha visto el fuego. Se aparta de golpe, como si se hubiera quemado.

—Ya tienes tu jodida foto, Soler —suelta con voz ronca. Se pone el casco de golpe y vuelve a sentarse en el taburete.

La fotógrafa sonríe, satisfecha. Yo me toco el hombro donde sus dedos han dejado una huella. El calor de su tacto todavía persiste, una brasa que promete incendiarlo todo.

Capítulo 7: Escándalo viral

El brillo de la pantalla de mi móvil es lo primero que me golpea al despertar. Son las seis de la mañana y tengo cuarenta y tres llamadas perdidas de Miller.

Entro en la red social de moda y el estómago se me encoge. Es tendencia número uno. El vídeo, grabado desde un ángulo muerto del estudio fotográfico, tiene una calidad pésima, pero el audio es nítido. Se ve a Erick sujetándome por los hombros, con el rostro desencajado y cerniéndose sobre mí con una agresividad que, sin el contexto de nuestra conversación sobre su pasado, parece puro maltrato.

«¿El Témpano se derrite o explota? El capitán de los Blizzard agrede a su nueva jefa de prensa», reza el titular que encabeza el clip.

—Maldita sea —susurro, hundiéndome en las sábanas.

Dos horas después, estoy en la oficina de Miller. Erick ya está allí, sentado en un sillón de cuero con la mirada perdida en el paisaje nevado tras el ventanal. No lleva traje; viste una sudadera oscura y parece que no ha dormido en toda la eternidad.

—La prensa está acampada en la puerta del estadio —Miller golpea la mesa con el puño—. Los patrocinadores principales han enviado un comunicado. Quieren tu cabeza, Erick. Dicen que no pueden asociar su marca con un hombre que violenta a una mujer en su lugar de trabajo.

—No la estaba violentando —la voz de Erick es un murmullo roto —. Estábamos hablando.

—¡El vídeo no dice eso! —ruge Miller. Se gira hacia mí, con los ojos inyectados en sangre—. Marina, tú eres la experta. Arréglalo.

—No puedo arreglar esto con un comunicado, señor Miller — respondo, tratando de mantener la calma profesional—. Si salimos a decir que era «una conversación intensa», nadie nos creerá. Dirán que la hemos coaccionado para que lo defienda.

Miller se deja caer en su silla y se frota las sienes. El silencio en la sala es denso, cargado de la derrota de un equipo que se

desmorona antes de empezar la temporada.

—Necesitan desaparecer —dice Miller de repente.

Erick alza la vista, frunciendo el ceño.

—¿Qué?

—Vais a iros. Los dos. Tengo una cabaña en las montañas, en un lugar donde no llega ni la señal de radio si la tormenta es lo bastante fuerte. La prensa pensará que habéis ido allí para trabajar en un plan de redención a puerta cerrada. Necesitamos que el foco se enfríe. Cuando volváis, prepararemos una entrevista conjunta donde se vea que hay confianza entre vosotros.

—No voy a encerrarme en una montaña con ella —suelta Erick, poniéndose en pie de un salto—. Es una locura.

—Es tu única opción de seguir siendo un Blizzard, Erick —le corta Miller con una frialdad cortante—. El coche sale en una hora. Marina, prepara una maleta con ropa de abrigo. Allí arriba el invierno no perdona.

Miro a Erick. Él me observa de vuelta y, por primera vez, no veo odio en sus ojos grises, sino un miedo sordo. Estamos atrapados. Él en su reputación, yo en mi necesidad de éxito, y ambos en una mentira que está a punto de volverse demasiado real.

—Iré a por mis cosas —digo, rompiendo el contacto visual.

Al salir de la oficina, escucho el ruido de algo rompiéndose dentro. Erick acaba de lanzar una silla contra la pared. Mi corazón, traidor, late con una urgencia que no debería sentir ante la perspectiva de estar a solas con el hombre que acaba de incendiar mi vida.

Capítulo 8: Camino a la montaña

El habitáculo del todoterreno de Erick huele a cuero nuevo y a una fragancia a madera que se me mete en los pulmones con cada respiración. Es un espacio demasiado pequeño para dos personas que se tienen tantas ganas de gritar como de tocarse.

Erick sujeta el volante con una fuerza que hace que sus nudillos resalten blancos contra la piel oscura. No ha dicho una sola palabra desde que salimos de Vail Creek. Mantiene la vista fija en la carretera, que ha dejado de ser una franja de asfalto para convertirse en un lienzo blanco y traicionero.

—¿Falta mucho? —pregunto, solo por romper un silencio que me está crispando los nervios.

—Depende de si la montaña decide dejarnos pasar o no —responde él con voz ronca.

Señala con la cabeza hacia el parabrisas. Los copos de nieve, que antes caían como plumas, ahora golpean el cristal con la violencia de perdigones. El limpiaparabrisas lucha por apartar la masa blanca que se acumula a una velocidad alarmante. A ambos lados, los pinos se doblan bajo el peso del hielo, como gigantes rendidos.

De repente, el coche da un pequeño bandazo. Siento un vuelco en el estómago y me aferro al asa de la puerta.

—Tranquila, Soler. Sé lo que me hago sobre el hielo. Es mi trabajo, ¿recuerdas? —dice él, y juraría que hay un asomo de sonrisa amarga en la comisura de sus labios.

—En la pista no hay precipicios de cien metros, Vane.

—Detalles —masculla.

La visibilidad se reduce a apenas un par de metros. El mundo exterior ha desaparecido. Ya no hay coches, ni luces de gasolineras, ni rastro de civilización. Solo estamos nosotros, el rugido del motor y el viento aullando contra el chasis. Siento cómo el aislamiento empieza a cerrarse sobre mí como una manta pesada. En la ciudad, siempre hay un plan B, una salida de emergencia. Aquí, mi vida depende de la pericia de un hombre que apenas me soporta.

Erick conecta la radio, pero solo sale estática. Un ruido blanco y constante que aumenta la sensación de estar en otro planeta.

—El puerto de Silver Pass está cerrado —dice él tras consultar un panel luminoso que apenas se distingue entre la neblina—. Tenemos que tomar el desvío viejo. Va a ser un viaje largo.

—¿Y si nos quedamos atrapados?

Él gira la cabeza por un segundo. Sus ojos grises, bajo la luz tenue del cuadro de mandos, parecen más oscuros, casi plateados. Me observa con una intensidad que me obliga a contener el aliento.

—Si nos quedamos atrapados, espero que tu abrigo de diseño sirva para algo más que para lucirlo en los palcos. Porque ahí fuera, a la montaña no le importa quién eres ni cuántos ceros tiene tu contrato.

Vuelve a mirar a la carretera y acelera con precaución. El aislamiento ya no es solo geográfico; es emocional. Estamos solos en medio de una tormenta épica, alejándonos de la única realidad que conozco para entrar en un territorio donde las reglas de las relaciones públicas no tienen ningún valor.

Tengo miedo. Y lo peor es que no sé si le temo más a la tormenta o a lo que pasará cuando el coche se detenga.

Capítulo 9: Puertas cerradas

La cabaña aparece entre la bruma blanca como un barco fantasma hecho de troncos y piedra. Es una estructura imponente, una mezcla de lujo rústico y fortaleza que parece haber sido devorada por la montaña. Erick detiene el todoterreno y el silencio que sigue al apagado del motor es tan denso que casi me duelen los oídos.

—Llegamos —anuncia él. Su voz suena más profunda en la quietud del habitáculo.

Bajamos del coche y el viento nos golpea con una saña renovada. Erick agarra nuestras maletas como si no pesaran nada y me guía hacia la entrada. Al abrir la puerta pesada de roble, el olor a madera de cedro y aire estancado nos recibe. El interior es espectacular: techos altos, una chimenea de piedra que domina el salón y ventanales que ahora solo muestran la oscuridad de la tormenta.

—Voy a comprobar la calefacción —dice Erick, dejando el equipaje en el recibidor.

Lo sigo por el pasillo. La casa está sumida en una penumbra fría. Erick va abriendo puertas y su expresión se endurece con cada una.

—Maldita sea —gruñe frente a la tercera puerta.

Me asomo tras su hombro. El ala izquierda de la casa está en obras; hay lonas cubriendo los muebles, serrín por el suelo y los radiadores están desmontados. Un aire gélido se cuela por las rendijas.

—¿Y las otras habitaciones? —pregunto, sintiendo un nudo en la garganta.

—Sin calefacción. Miller dijo que la caldera del ala norte estaba rota, pero no pensaba que fuera para tanto. Aquí hace más frío que en la pista.

Solo queda una puerta al final del pasillo superior. La suite principal. Al entrar, el ambiente es distinto; hay una calidez residual y el aroma a lavanda es suave. Es una estancia amplia, con una alfombra de piel de oso y una cama de gran tamaño que parece un altar de mantas de lana y almohadones de plumas.

—Solo funciona este termostato —sentencia Erick, tras manipular una rueda en la pared—. El resto de la casa va a estar bajo cero en menos de una hora.

Me quedo mirando la cama. Es enorme, sí, pero no lo suficiente como para ignorar que el hombre más difícil del mundo va a dormir a centímetros de mí.

—Yo me quedo con el lado izquierdo —digo, tratando de sonar autoritaria mientras dejo mi bolso sobre el edredón.

Erick suelta una risotada seca y se quita la chaqueta, dejando a la vista la tensión de sus hombros.

—Ni hablar, Soler. Mido casi dos metros y tengo la espalda destrozada por el partido del martes. Esa cama es mía. Tú puedes intentar acomodarte en el sofá del salón antes de que se convierta en un bloque de hielo.

—Este es mi trabajo, Vane. Mi contrato dice que debo estar en condiciones óptimas para gestionar tu crisis. No voy a dormir en un sofá de madera mientras tú te escondes bajo un edredón.

Me planto frente a él. La diferencia de altura es ridícula, pero mantengo la barbilla alta. Erick da un paso hacia delante, invadiendo mi espacio con esa confianza animal que lo caracteriza.

—No voy a moverme de aquí —insisto, apretando los puños.

—Yo tampoco —su voz es un susurro peligroso. Se inclina sobre mí, obligándome a retroceder hasta que la parte posterior de mis rodillas choca contra el borde del colchón—. Si quieres la cama, tendrás que compartirla. Pero te advierto una cosa: no soy de los que respetan las fronteras cuando estoy dormido.

Cae sobre la cama de espaldas, con los brazos tras la cabeza, ocupando más de la mitad del espacio y mirándome con un desafío gélido en los ojos. La tormenta ruge fuera, recordándome que no hay escapatoria. Estamos encerrados. Y la guerra por el territorio acaba de empezar.

Capítulo 10: Aislados

El silencio que sigue al anuncio de la radio es más cortante que el viento que golpea los cristales. La voz del locutor, distorsionada por las interferencias, ha sido clara: «Carreteras cerradas hasta nuevo aviso. Silver Pass es ahora una zona muerta».

Erick apaga el aparato con un movimiento seco. El chasquido del botón resuena en la estancia como un disparo.

—Se acabó —dice sin mirarme—. El mundo exterior ha dejado de existir, Soler. Al menos durante las próximas cuarenta y ocho horas.

Me quedo junto al ventanal, observando cómo la oscuridad total devora el paisaje. No hay luces de otras cabañas, ni resplandor de ciudades lejanas. Solo hay blanco y negro. Una jaula de lujo en mitad de la nada.

Escucho el crujido de la madera. Erick se ha arrodillado frente a la enorme chimenea de piedra del salón. Se ha quitado los zapatos y se mueve con una eficacia silenciosa que me hipnotiza. Amontona los troncos de cedro, coloca la tea y, con un solo golpe de encendedor, crea una llama que empieza a lamer la madera.

El resplandor anaranjado inunda la habitación, proyectando su sombra contra las paredes de troncos. Sus hombros, anchos como el marco de una portería, se tensan mientras aviva el fuego. Por primera vez, no lo veo como el capitán arrogante de los Blizzard, sino como un hombre en su elemento, despojado de la armadura de hockey y de las expectativas de la prensa.

Es el hombre más difícil de Colorado. Y, maldita sea mi suerte, también el más atractivo.

—Deja de mirarme como si fuera a morderte —suelta él sin girarse.

—No te estaba mirando —miento, aunque el calor sube por mi cuello.

—Lo hacías. Siento tus ojos en mi espalda cada vez que te mueves.

Se pone en pie y se gira. La luz del fuego recorta su perfil, acentuando la línea recta de su nariz y la curva peligrosa de sus

labios. Cruza los brazos sobre el pecho, y la tela de su camiseta se ajusta a sus pectorales de una forma que debería ser ilegal.

—Estamos solos, Marina. No hay cámaras, no hay Miller, no hay redes sociales —da un paso hacia mí, y el calor de la chimenea parece viajar con él—. Solo somos tú, yo y una tormenta que no tiene intención de parar.

Me obligo a sostenerle la mirada. Mi pulso es una batería desbocada en mis sienes.

—Seguimos teniendo un contrato, Erick.

Él suelta una risa corta, carente de humor, y se detiene a escasos centímetros de mí. Huele a humo de leña, a frío y a esa masculinidad cruda que me revuelve el estómago de una forma que no quiero nombrar.

—El contrato no va a calentarte esta noche cuando la temperatura baje de los cero grados.

Se inclina un poco, invadiendo mi espacio con una lentitud deliberada. Sus ojos grises, ahora teñidos de ámbar por el fuego, bajan un segundo a mis labios antes de volver a chocar con los míos.

—Mañana volveremos a ser el capitán y la niñera —susurra, y su voz es una caricia áspera—. Pero esta noche... esta noche solo somos dos desconocidos atrapados en una montaña.

Se da la vuelta y se encamina hacia la suite, dejándome allí, con el corazón martilleando y la certeza de que las paredes de esta cabaña son demasiado estrechas para contener lo que está empezando a arder entre nosotros.

Capítulo 11: Una sola cama

El dormitorio principal parece una isla de luz en medio de un océano de sombras. El viento sigue aullando fuera, golpeando los troncos de la cabaña con la fuerza de un equipo de demolición, pero dentro, el silencio es absoluto. Un silencio que pesa.

Miro la cama. Es inmensa, cubierta por un edredón de plumas blancas que invita a hundirse en él, pero para mí se siente como un campo de batalla minado.

—No te quedes ahí pasmada, Soler —dice Erick.

Está de pie junto a su lado del colchón. Con una naturalidad que me irrita, agarra dos almohadas cuadradas y las coloca en fila justo en el centro, dividiendo el espacio en dos mitades perfectas.

—Aquí está la frontera —sentencia, señalando la barrera de pluma —. Si una sola parte de tu cuerpo cruza esta línea, lo consideraré una violación del contrato y una declaración de guerra.

—Soy muy respetuosa con la soberanía ajena, Vane —replico, tratando de que mi voz suene firme mientras saco mi libro de la maleta—. No tengo ninguna intención de invadir tu territorio.

Me siento en mi lado, apoyando la espalda contra el cabecero de madera tallada. Abro mi novela, pero las palabras bailan ante mis ojos sin sentido. Toda mi atención está centrada en el hombre que tengo a menos de un metro.

Escucho el roce de la tela. Por el rabillo del ojo, veo cómo Erick se lleva las manos al dobladillo de su camiseta oscura. Tira de ella hacia arriba con un movimiento fluido. Primero quedan a la vista sus lumbares tensas, luego la curva de sus costillas y, finalmente, la inmensidad de su espalda, marcada por el relieve de los músculos que trabajan en cada uno de sus disparos sobre el hielo.

Contengo el aliento. Mi libro tiembla apenas un milímetro.

Él lanza la prenda sobre una silla y se gira. Su pecho es un mapa de potencia: pectorales definidos, una línea de vello oscuro que desaparece bajo el elástico de su pantalón de deporte y esa piel curtida por el ejercicio. Hay una cicatriz cerca de su hombro derecho

que no había visto antes, una marca blanca que destaca sobre el bronceado.

—¿Vas a leer o vas a seguir haciendo una inspección técnica de mi anatomía? —pregunta él, con una sonrisa ladeada que es pura arrogancia.

—Estaba... buscando mi punto de lectura —miento, clavando la vista en la página 142 con una intensidad ridícula.

Erick suelta un bufido y se desliza bajo las mantas. El colchón se hunde bajo su peso, inclinando ligeramente mi cuerpo hacia su centro. Hacia él. Me aferro al borde de mi lado, luchando contra la gravedad y contra el calor que empieza a emanar de su cuerpo desnudo.

Apaga la lámpara de su mesita de noche. Ahora solo queda la luz tenue de mi lado, iluminando la frontera de almohadas.

—Buenas noches, niñera —murmura desde la oscuridad. Su voz suena más grave, más íntima, vibrando a través del colchón hasta tocar mi piel.

—Buenas noches, capitán.

Cierro el libro. Apago la luz. Pero sé, con una certeza que me asusta, que el sueño no va a venir a buscarme esta noche. El olor a él —jabón neutro, sudor limpio y algo puramente masculino— llena el espacio que las almohadas no pueden proteger. La frontera está establecida, pero el muro de hielo que nos separaba tiene ahora una grieta por la que empieza a colarse el fuego.

Capítulo 12: Sin electricidad

Un chasquido seco, seguido del silencio absoluto del ventilador de la calefacción, me saca de un sueño ligero. La oscuridad en la habitación es tan densa que parece tener peso. El sutil zumbido eléctrico que nos rodeaba ha muerto.

—Maldita sea —la voz de Erick surge de la nada, profunda y alerta.

—¿Qué ha pasado? —susurro, sentándome en la cama. El aire gélido golpea mis hombros al instante.

—La línea de alta tensión no habrá aguantado el peso de la nieve. Se acabó la luz. Y lo peor: se acabó la calefacción forzada.

Escucho el crujido de las sábanas. Erick se levanta. El resplandor azulado de la nieve tras el ventanal apenas me deja ver su silueta moviéndose por la estancia con una precisión asombrosa. Encuentra una linterna en el cajón y un haz de luz blanca corta la penumbra.

Bajamos al salón. La temperatura está cayendo en picado. El frío de las montañas de Colorado no perdona; se filtra por las juntas de los troncos como un fantasma hambriento.

—Tenemos que mantener ese fuego vivo o mañana seremos dos cubitos de hielo —dice él, señalando la chimenea que apenas conserva unas ascuas.

Erick se encarga de los troncos mientras yo busco algo que comer en la despensa. La luz de mi móvil ilumina latas de sopa de tomate y judías. No es el menú que esperas en una cabaña de lujo, pero es lo único que hay.

—Espero que te guste la comida gourmet —digo, enseñándole las latas mientras me acerco al hogar.

Él suelta una risotada ronca. Se ha sentado en la alfombra de piel, frente a las llamas que empiezan a crecer de nuevo.

—He comido cosas peores en los autobuses de la liga juvenil, Soler. Trae eso aquí.

Cocinamos directamente sobre las brasas, usando una vieja rejilla de hierro. El vapor de la sopa de tomate asciende, mezclándose con el olor a madera quemada. Comemos en silencio, sentados en el

suelo, compartiendo el calor de la chimenea. Pero el frío de nuestras espaldas es insoportable.

—Ven aquí —ordena él.

—¿Qué?

—No es una invitación romántica, Marina. Es termodinámica básica. Si nos quedamos separados, perderemos calor. Acércate.

Erick agarra la gran manta de lana virgen que colgaba del sofá y la extiende. Se sienta con la espalda apoyada en el sofá y me indica el hueco entre sus piernas. Dudo un segundo, pero un escalofrío violento recorre mi columna y me convence.

Me acomodo frente a él, sintiendo su pecho contra mi espalda. Erick envuelve la manta alrededor de los dos, sellando el espacio. Su calor es abrumador. Es como estar apoyada contra un radiador de carne y hueso. Sus brazos, pesados y protectores, descansan a mis costados, manteniendo la manta firme.

—¿Mejor? —murmura. Su aliento roza mi oreja, erizándome el vello de la nuca.

—Mucho mejor —respondo, aunque mi corazón late tan fuerte que temo que pueda sentirlo a través de mi espalda.

Nos quedamos así, observando cómo las llamas consumen el cedro. El mundo exterior, con sus escándalos y sus contratos, parece estar a millones de kilómetros de distancia. Aquí, bajo esta manta, solo existe el ritmo de su respiración y el calor prohibido que empieza a fundir mucho más que el frío de mis huesos.

Capítulo 13: Cicatrices

La luz de las llamas danza sobre las paredes de madera, creando sombras alargadas que parecen moverse al ritmo de nuestra respiración. Bajo la manta, el calor de Erick es una presencia constante, sólida y perturbadora.

Su brazo derecho descansa sobre mis hombros para sujetar el peso de la lana. Al moverse para avivar el fuego con el atizador, la tela de su camiseta se desplaza, dejando al descubierto una marca que no pertenece al mundo del hockey.

No es la típica cicatriz de una cirugía de ligamentos ni el rastro de un patín mal dirigido. Es una hendidura profunda, irregular, que nace en la base del cuello y se pierde bajo la clavícula.

Sin pensarlo, como si mis dedos tuvieran voluntad propia, alzo la mano y rozo el borde de la piel endurecida.

Erick se tensa al instante. Siento cómo sus músculos se vuelven de acero bajo mi tacto. No se aparta, pero deja de respirar durante un segundo que se me hace eterno.

—¿Fue un partido? —pregunto en un susurro. Mi dedo sigue el rastro de la marca, maravillada por la diferencia de textura con el resto de su piel cálida.

—No —responde él. Su voz es más grave de lo habitual, un murmullo que retumba contra mi espalda—. Esa no me la hizo ningún puck.

—Parece antigua.

—Tenía ocho años —Erick suelta el atizador y se apoya de nuevo contra el sofá, pero no me suelta—. Vivíamos en una casa que se caía a trozos en las afueras de Detroit. Mi padre... él no solía estar muy presente, y cuando lo estaba, no era precisamente para cuidar de nosotros. Una noche, una de las estufas eléctricas defectuosas estalló.

Siento un nudo en la garganta. Dejo de mover los dedos, pero mantengo la mano apoyada sobre su hombro, ofreciendo un calor que no tiene nada que ver con la termodinámica.

—Me quedé atrapado bajo un estante que se vino abajo —continúa, y noto cómo su pulso se acelera contra mi costado—. Estaba solo. Mi madre trabajaba en el turno de noche y mi padre estaba en algún bar. Aprendí ese día que, si quería salir de las llamas, tenía que hacerlo yo mismo. Nadie iba a venir a rescatarme.

El silencio que sigue es pesado, cargado de una verdad que explica cada muro que Erick ha levantado a su alrededor. «El Témpano» no nació frío; se congeló para sobrevivir al incendio de su infancia.

—Lo siento tanto, Erick —digo, y esta vez no es la consultora de imagen la que habla, sino la mujer que empieza a ver las grietas en su armadura.

Gira un poco la cabeza, buscándome. Estamos tan cerca que nuestras narices casi se rozan. El resplandor del fuego se refleja en sus ojos grises, suavizando la dureza habitual de su mirada.

—No lo sientas, Marina. Esa marca me recuerda quién soy. Me recuerda que el hielo es más seguro que el fuego. Siempre.

—No siempre —le replico, atreviéndome a acariciar su mejilla con el dorso de la mano—. A veces, el fuego es lo único que nos mantiene vivos cuando la tormenta arrecia.

Erick no responde con palabras. Se limita a cerrar los ojos ante mi contacto y, por un breve segundo, apoya su frente contra la mía. El hielo no solo se ha agrietado; ha empezado a derretirse, dejando al descubierto un corazón que ha pasado demasiado tiempo protegiéndose de un invierno que ya no debería existir.

Capítulo 14: Pesadillas en el hielo

El sonido no es humano. Es un jadeo ahogado, un estertor de pánico que corta el silencio de la suite como una cuchilla afilada.

Me despierto de golpe. La chimenea del salón debe haberse extinguido, porque el frío en la habitación es ahora un muro físico. A mi lado, la barrera de almohadas ha desaparecido, aplastada por el cuerpo de Erick, que se agita con una violencia aterradora.

—No... —murmura él. Su voz suena rota, despojada de toda esa arrogancia que suele usar como escudo—. No otra vez.

La luz de la luna, reflejada en la nieve exterior, entra por el ventanal y baña la cama con una claridad espectral. Erick tiene el rostro empapado en sudor a pesar del frío. Sus manos agarran las sábanas con tanta fuerza que sus nudillos parecen a punto de perforar la tela. Está atrapado en ese incendio de Detroit, o quizás en una pista de hielo que se quiebra bajo sus pies.

—Erick —susurro, acercándome—. Erick, despierta. Es solo un sueño.

Él no me oye. Su respiración se vuelve errática, un silbido agudo que delata que se está asfixiando en su propio pasado. Sin pensarlo, rompiendo cualquier protocolo o sentido de la prudencia, me lanzo sobre él. Apoyo mis manos en sus mejillas, obligándolo a centrarse.

—¡Erick! ¡Mírame! Estás en la cabaña. Estás a salvo.

Sus ojos se abren de golpe. Durante un segundo, no me ve a mí. Sus pupilas están dilatadas, cargadas de un terror primario que me encoge el alma. Luego, el reconocimiento parpadea en sus ojos grises.

Se incorpora de golpe, jadeando, y me rodea con sus brazos con una urgencia que me deja sin aliento. Me atrae hacia su pecho desnudo, hundiendo su rostro en el hueco de mi cuello. Su piel arde y su corazón golpea contra mi pecho con la fuerza de un animal enjaulado.

No hay nada del capitán frío en este hombre. Solo hay un niño que todavía huye de las llamas.

—Ya está —le susurro, rodeando su espalda con mis brazos y acariciando su nuca—. Estoy aquí. No pasa nada.

Erick se aferra a mí como si fuera el único punto de apoyo en un mundo que se desmorona. Sus dedos se entierran en mi camiseta, anclándome a él. Siento su respiración caliente contra mi piel, calmándose poco a poco, sincronizándose con la mía.

Es un abrazo desesperado, despojado de cualquier intención sexual, pero cargado de una intimidad que me asusta mucho más que su deseo. En este momento, soy su ancla. Y él, el hombre que juré dominar profesionalmente, se ha convertido en alguien que solo quiero proteger.

Nos quedamos así durante lo que parecen horas, entrelazados en mitad de la cama deshecha. El frío de la habitación sigue ahí, pero ya no me importa. El calor que compartimos es una promesa silenciosa de que, a partir de ahora, el hielo entre nosotros ya no volverá a ser el mismo.

Capítulo 15: Preguntas peligrosas

La mañana ha traído una luz grisácea y mortecina que apenas logra atravesar el cristal escarchado. Seguimos sin electricidad y la señal del móvil es un recuerdo lejano. Estamos sentados en la alfombra, frente a una chimenea que devora los últimos troncos con un apetito voraz.

Tras lo sucedido anoche, el aire entre nosotros ha cambiado. Ya no hay muros, solo una extraña y frágil tregua.

—Propongo un trato para no morir de aburrimiento —digo, jugando con el borde de mi taza de café recalentado—. Un juego. Sin filtros.

Erick me observa apoyado contra el sofá. Lleva una sudadera gris que resalta la anchura de sus hombros y sus ojos parecen haber robado el color de la tormenta.

—¿Qué tipo de juego, Soler?

—Preguntas peligrosas. Una verdad por otra. Si te niegas a contestar, te toca salir a por más leña.

Erick suelta una risotada corta y áspera.

—Acepto. Empieza tú, ya que tienes tantas ganas de hurgar en mi vida.

Me tomo un segundo, observando cómo las llamas consumen una astilla de cedro.

—¿Por qué el hockey, Erick? Y no me digas que es por el dinero o la fama. Eso no te mueve a ti.

Él baja la vista hacia sus manos, grandes y llenas de callosidades.

—Porque el hielo es honesto —responde tras un largo silencio—. Si cometes un error, te caes. Si eres lento, te golpean. No hay política, ni mentiras, ni padres que desaparecen. Pero... —Se detiene y me mira con una intensidad que me obliga a contener el aliento—. A veces siento que, fuera de la pista, no existo. Que solo valgo lo que valen mis goles. Si dejo de marcar, si dejo de ser el capitán, ¿quién queda? Solo un niño de Detroit con una cicatriz en el hombro.

Sus palabras son una confesión de una crudeza que no esperaba. No es arrogancia; es un miedo existencial que lo humaniza por completo.

—Te toca —murmura él, inclinándose hacia delante—. ¿Qué hace una consultora estrella de Barcelona en un pueblo perdido de Colorado gestionando las rabietas de un equipo de hockey? Nadie cruza el océano solo por un contrato, Marina.

Me tenso. Sabía que esta pregunta llegaría, pero sentir su mirada clavada en mí hace que sea más difícil mentir.

—Hui —suelto, y la palabra suena pesada en el aire frío—. Tuve un fracaso profesional absoluto. Llevaba la campaña de un político que parecía el salvador del país. Confié en él, puse mi reputación en juego y resultó ser un corrupto de la peor clase. Cuando todo estalló, me usó como chivo expiatorio. Mi nombre quedó manchado en cada periódico de España.

Erick no me mira con lástima, sino con una comprensión que me sorprende.

—Así que los dos buscamos lo mismo —dice él—. Un lugar donde el pasado no pueda encontrarnos.

—Eso parece —respondo en un susurro.

El silencio que sigue ya no es incómodo. Es el reconocimiento de dos supervivientes que han encontrado, en mitad de una tormenta de nieve, a la única persona capaz de entender el peso de sus secretos. Las preguntas eran peligrosas, sí, pero las respuestas nos han acercado más de lo que cualquier contrato podría haber soñado.

Capítulo 16: El roce del frío

El aire en la cabaña se ha vuelto demasiado denso tras nuestras confesiones. Necesito moverme, sentir el frío real para apagar el incendio que Erick ha provocado en mi interior con solo mirarme. Aprovecho que él está en el sótano revisando las tuberías para calzarme las botas y salir al porche.

—Solo serán dos troncos —me digo, intentando convencerme de que no estoy cometiendo una imprudencia.

En cuanto abro la puerta, la montaña me golpea. La nieve me llega por encima de las rodillas y el viento es un aullido constante que me ciega. Avanzo con dificultad hacia el cobertizo lateral, pero el suelo bajo la capa blanca es un engaño de hielo puro.

Mis pies patinan. Lanzo un grito sordo mientras pierdo el equilibrio y me hundo en un banco de nieve que parece no tener fondo. El frío es instantáneo, un mordisco voraz que atraviesa mis vaqueros y se clava en mis muslos. Intento impulsarme, pero solo consigo hundirme más. El pánico, frío y afilado, empieza a cerrarse en mi garganta.

—¡Marina!

El grito de Erick suena por encima del viento. Un segundo después, su silueta irrumpe en la neblina blanca. No lleva abrigo, solo la sudadera gris, pero se mueve por la nieve con la potencia de un depredador ártico.

Llega hasta mí en tres zancadas. Sus manos grandes me sujetan por debajo de los brazos y me saca de la nieve como si no pesara nada. Me pega a su cuerpo de inmediato, protegiéndome del viento con su propia envergadura.

—¿Estás loca? —ruge contra mi oído mientras me arrastra de vuelta al interior de la cabaña.

Da un portazo que sacude las paredes y me deja en el suelo del recibidor. Estoy temblando de forma violenta, con los dientes castañeteando y la piel de las piernas entumecida.

—Yo... solo quería... —intento decir, pero las palabras se congelan en mis labios.

Erick no me deja terminar. Se arrodilla frente a mí y empieza a quitarme las botas con movimientos bruscos, eficientes.

—Estás helada —masculla. Sus ojos grises están oscuros, cargados de una furia que no es odio, sino puro miedo—. Tienes que entrar en calor. Ahora.

Me arrastra hacia el fuego de la chimenea. Se quita su propia sudadera, quedándose de nuevo con el torso desnudo, y empieza a frotar mis brazos con sus manos cálidas. El contacto de su piel contra la mía, en contraste con el frío que aún arrastro, es como una descarga eléctrica.

Sus manos suben por mis hombros, bajando luego por mis costados, intentando reactivar mi circulación. Estoy empapada, mi camiseta se pega a mi cuerpo y él parece haber olvidado cualquier barrera de seguridad. Su mirada baja a mis labios, que deben estar azulados, y luego vuelve a mis ojos.

La tensión en el salón se vuelve insoportable. El sonido de la leña crepitando es lo único que rompe el silencio cargado de electricidad. Erick detiene el movimiento de sus manos en mi cintura. Su pulso, rápido y potente, late contra mis palmas cuando apoyo las manos en su pecho para mantener el equilibrio.

—Marina —susurra mi nombre como si fuera una advertencia o un ruego.

—Erick —respondo, y mi voz es apenas un hilo.

Él acorta la distancia. Su frente roza la mía. Siento el calor que emana de su piel, el olor a esfuerzo y a ese magnetismo animal que me tiene prisionera. El frío ha desaparecido, sustituido por una fiebre que amenaza con consumirnos a los dos antes de que la tormenta amaine.

Capítulo 17: Reflejos

El día ha amanecido con una tregua. El viento ha dejado de aullar, dejando paso a un sol pálido que hace que la nieve acumulada en el porche brille con una intensidad cegadora.

Observo a Erick a través del ventanal. Se ha despejado una zona de la tarima de madera y está usando un palo de madera que ha encontrado en el cobertizo a modo de stick. Se mueve con una agilidad que me deja sin aliento. No hay hielo, pero él desliza sus pies con una memoria muscular asombrosa, esquivando obstáculos invisibles, fintando hacia la nada con una concentración absoluta.

Salgo al porche, envuelta en una manta gruesa. El frío sigue ahí, pero es seco, limpio.

—¿Entrenando para los playoffs en un porche de madera? —pregunto, apoyada en el marco de la puerta.

Él se detiene de golpe. Su respiración crea pequeñas nubes de vapor en el aire. Tiene las mejillas encendidas por el esfuerzo y el cabello revuelto. Por primera vez, no parece un capitán cargando con el peso del mundo, sino un hombre disfrutando de su propio cuerpo.

—Los reflejos no entienden de superficies, Soler —responde, con un brillo juguetón en los ojos que nunca le había visto—. Ven aquí. A ver cómo andas de instinto.

—Yo no juego a esto, Vane. Mi fuerte es la estrategia de comunicación, no la coordinación motriz.

—No seas cobarde.

Erick deja el palo a un lado y, antes de que pueda reaccionar, lanza una bola de nieve pequeña que impacta suavemente en mi hombro. Me quedo paralizada por la sorpresa.

—¿Acabas de hacerme un face-off con nieve? —le espeto, dejando caer la manta.

—Técnicamente, ha sido un disparo a puerta. Y has fallado en la defensa.

El orgullo me pica en la sangre. Me agacho, recojo un puñado de nieve fría y compacta, y se la lanzo con todas mis fuerzas. Él se

agacha con una elegancia felina, esquivándola mientras suelta una carcajada limpia, profunda y sonora. Es un sonido tan extraño y hermoso en este bosque silencioso que me hace sonreír sin querer.

La persecución empieza. Corremos por el porche, resbalando, lanzando proyectiles blancos que estallan en risas cada vez que uno alcanza al otro. Me olvido de quién es él, de quién soy yo y del desastre que nos espera en la ciudad.

En un intento por alcanzarlo, mis pies patinan en una zona de escarcha. Me voy hacia delante y, antes de tocar la madera, los brazos de Erick me atrapan. Pero su propia inercia nos traiciona. Caemos juntos sobre el banco de nieve acumulada junto a la barandilla.

El impacto es mullido, frío y ridículo.

Me quedo tumbada sobre él, jadeando de risa, con el rostro a pocos centímetros del suyo. Erick tiene nieve en las pestañas y una expresión de asombro total, como si hubiera olvidado cómo se sentía la alegría simple. Sus manos están apoyadas en mi cintura, sujetándome contra él sobre ese lecho blanco.

La risa muere poco a poco, sustituida por un silencio que quema más que la nieve. El vaho de nuestra respiración se mezcla en el espacio mínimo que nos separa. Siento el latido de su corazón, desbocado por el ejercicio y por algo más, golpeando rítmicamente contra el mío.

Erick deja de reír. Su mirada baja a mis labios, mojados por la nieve derretida, y su agarre en mi cintura se vuelve más firme, más posesivo. Ya no estamos jugando. El hielo ha desaparecido, y lo que queda bajo nosotros amenaza con evaporarse por el calor que empieza a desprender su piel.

Capítulo 18: Confidencias al fuego

El resplandor de la chimenea es ahora lo único que separa nuestra burbuja de la oscuridad total que reina en la montaña. La electricidad sigue sin dar señales de vida, pero ya no importa. El frío exterior parece un concepto abstracto, algo que le sucede a otras personas.

Erick ha encontrado una botella de vino tinto en el fondo de una alacena. Es un reserva viejo, con la etiqueta algo comida por la humedad, pero el aroma que desprende al descorcharlo es intenso, como a cuero y bayas negras.

—Bebe —me dice, pasándome una taza de metal porque no hay copas a la vista—. Ayudará a que la sangre vuelva a circular tras tu asalto al porche.

Me siento en la alfombra, apoyando la espalda contra sus rodillas. Erick está sentado en el sofá, justo detrás de mí, y su cercanía es un ancla constante. Le doy un sorbo al vino. Es espeso y cálido, un bálsamo que relaja mis hombros por primera vez en días.

—¿Por qué los Blizzard, Erick? —pregunto, dejándome llevar por la languidez del momento—. Con tus números podrías estar en Nueva York o en Chicago. Podrías ganar el doble y tener diez veces más exposición.

Él guarda silencio durante un largo rato, saboreando el vino. Siento cómo exhala un suspiro pesado sobre mi cabeza.

—Samuel y Julián —responde simplemente.

Me giro un poco para verlo. Él observa las llamas, con la mirada perdida en algún punto lejano del pasado.

—Samuel es el portero. Julián es el defensa que todos dicen que está acabado —continúa con voz baja—. Cuando llegué a la liga, yo no era más que un crío con mucha rabia y poca disciplina. Ellos me recogieron. Me enseñaron que un equipo no es un grupo de hombres que juegan juntos, sino un muro que nadie puede atravesar si uno solo de nosotros se mantiene en pie.

—¿Por qué no te marchaste cuando el equipo empezó a caer en la clasificación?

—Porque no se abandona a la familia cuando vienen las tormentas. Samuel tiene una rodilla destrozada y Julián está lidiando con un divorcio que lo está matando. Si yo me voy tras el dinero, ellos se hunden. El dueño quería traspasarlos el año pasado para ahorrar costes. Les dije que, si ellos se iban, yo rompía mi contrato ese mismo día.

Me quedo sin palabras. La imagen del "ogro" egoísta y violento que la prensa se ha encargado de esculpir se desmorona por completo ante mis ojos. Lo que tengo delante es a un líder. Un hombre que antepone la lealtad a su propio éxito, que carga con el peso de sus amigos sobre sus hombros anchos sin quejarse.

—No eres un témpano, Erick —susurro, y mi mano busca la suya de forma involuntaria.

Él baja la vista hacia nuestros dedos entrelazados. Sus manos, curtidas y fuertes, envuelven la mía con una delicadeza que me corta la respiración.

—Solo con quien se lo merece, Marina.

Me atrae hacia él con un movimiento suave pero decidido. Ya no estoy apoyada en sus rodillas; ahora estoy entre sus brazos, con mi espalda contra su pecho. El mundo exterior puede seguir congelado, pero aquí, en el corazón de esta cabaña, acabo de descubrir que el hombre más difícil de Colorado tiene el alma más noble que he conocido en mi vida. Y eso es mucho más peligroso que cualquier tormenta.

Capítulo 19: La grieta

El vino ha dejado un rastro de calor en mis venas, pero es la mirada de Erick lo que realmente me está quemando. Estamos tan cerca que puedo ver las motas doradas en el gris de su iris, una galaxia de fuego oculta tras la tormenta.

—Has pasado días analizando mis cicatrices, Marina —dice él, y su voz es un susurro que vibra en la base de mi columna—. Pero tú también tienes las tuyas. Y no hablo solo del político que te traicionó.

Me quedo helada. Intento apartar la vista, pero su mano se mueve con una lentitud que me hipnotiza, atrapando mi barbilla con la punta de los dedos para obligarme a mirarlo.

—Es por mi padre, ¿verdad? —adivina él—. Marc Soler. El entrenador que exigía perfección o nada.

Trago saliva. El nombre de mi padre siempre suena como una sentencia.

—Él no veía a una hija —confieso, y mi voz suena extraña en el silencio de la cabaña—. Veía un proyecto. Una extensión de su carrera que debía ser impecable. Cuando era pequeña, si no sacaba la mejor nota o no destacaba en todo lo que hacía, el silencio en casa era ensordecedor. Aprendí que el amor era algo que se ganaba con resultados, no algo que se recibía por derecho.

Erick no dice nada, pero su intensidad es tal que siento que puede ver a través de mi piel, hasta los huesos.

—Por eso estoy aquí, Erick. Por eso acepté este trabajo imposible. Porque sigo intentando demostrarle, aunque él ya no esté para verlo, que soy la mejor. Que puedo domar incluso al capitán más rebelde de la liga.

—No soy un animal que necesite ser domado, Marina —murmura él.

Su mano se desliza desde mi barbilla hacia mi mejilla. Es el primer contacto deliberado, suave, cargado de una ternura que me desarma por completo. Sus dedos callosos acarician mi piel con una

delicadeza que contradice su fuerza bruta. Es como si estuviera tocando algo extremadamente frágil, algo que teme romper.

Cierro los ojos ante su contacto. La grieta en mi interior se ensancha, dejando salir años de soledad y de fingida autosuficiencia.

—A veces —continúo, con la voz rota—, solo desearía que alguien me mirara y no viera un currículum o una solución a sus problemas. Solo... a mí.

Siento el aliento de Erick contra mis labios antes de que sus dedos se enreden en mi pelo, atrayéndome un milímetro más hacia él.

—Yo te veo, Marina —su voz es un rugido sordo, lleno de una verdad que me hace temblar—. Veo a la mujer que me ha plantado cara sin pestañear. Veo a la persona que se preocupa por mi equipo más que el propio dueño. Y veo a alguien que está tan cansada de luchar como yo.

El silencio que sigue está cargado de una electricidad estática que hace que me duela el pecho. La grieta ha dejado paso a un abismo, y ambos estamos al borde, a punto de saltar.

Capítulo 20: El beso que lo cambió todo

El sonido lejano de un motor rompe la paz de la montaña. Es un eco metálico, el rugido de una quitanieves abriéndose paso por el desfiladero. La civilización viene a buscarnos. La burbuja está a punto de estallar.

Erick y yo nos quedamos inmóviles frente al ventanal. La luz de la mañana es ahora blanca, cruel y deslumbrante. En unas horas, volveremos a ser el Capitán Problemático y la Consultora de Imagen. Volveremos a los contratos, a las cámaras y a la distancia de seguridad.

—Están aquí —susurro, y siento un vacío repentino en el estómago, como si me hubieran quitado el suelo bajo los pies.

Erick no responde. Está detrás de mí, tan cerca que su calor me envuelve como una segunda piel. Noto cómo sus músculos se tensan, cómo su respiración se vuelve pesada, rítmica, cargada de una urgencia que no ha hecho más que crecer en este encierro.

Me giro para decirle algo, cualquier banalidad profesional para recomponer mi armadura, pero las palabras se mueren en mi garganta. Erick no me está mirando como a una empleada. Me está mirando como si fuera lo único real en un mundo de mentiras.

—No quiero volver a ese estadio, Marina —dice, y su voz es un rugido sordo, una confesión que lo cambia todo.

—Tenemos que hacerlo. Es tu vida. Es mi carrera.

—Al diablo con la carrera.

Erick acorta el último centímetro de distancia. Sus manos, grandes y seguras, se entierran en mi cabello, echando mi cabeza hacia atrás con una firmeza que me corta el aliento. Sus ojos barren mi rostro, buscando una última señal de rechazo que no va a encontrar.

—Dime que te aleje ahora —masculla contra mis labios—, porque si no lo haces, no pienso soltarte.

No digo nada. No puedo. Le respondo de la única forma que mi cuerpo entiende: agarrando las solapas de su sudadera y tirando de él hacia mí.

Erick rompe la frontera.

El beso es un choque de placas tectónicas. Es desesperado, hambriento, cargado de ese sabor a whisky viejo y a la nieve que aún se siente en el aire. No hay delicadeza, solo una necesidad animal que ha estado madurando durante noches enteras de frío y silencios compartidos. Sus labios son calientes, exigentes, y su lengua reclama mi boca con la misma ferocidad con la que caza en la pista de hielo.

Suelto un gemido ahogado contra sus labios mientras lo rodeo por el cuello, pegándome a él hasta que no queda un solo átomo de aire entre nuestros cuerpos. Su mano baja por mi espalda, apretándome contra su dureza, recordándome que debajo de ese traje de deportista hay un hombre que ha decidido, por fin, dejar de luchar contra lo inevitable.

El orgullo ha muerto. El contrato es papel mojado. En mitad de esa cabaña, mientras el mundo exterior se prepara para rescatarnos, nosotros acabamos de perdernos definitivamente el uno en el otro.

Capítulo 21: Retorno a la realidad

El estruendo de la quitanieves es el sonido del final de nuestra tregua.

Observo por la ventanilla cómo la enorme cuchilla de acero aparta la nieve, revelando el asfalto gris y sucio que nos devolverá a Vail Creek. El mundo vuelve a tener colores planos: el gris del cielo, el negro de la carretera, el azul metálico del equipo de rescate. Ya no hay solo blanco y fuego.

Erick carga las maletas en el todoterreno con movimientos mecánicos. Su rostro ha recuperado esa máscara de impasibilidad que tanto me irritaba al principio, pero ahora sé qué hay debajo. Sé que sus dedos, ahora enfundados en guantes de cuero, pueden ser de una delicadeza desgarradora.

Subo al coche y el silencio nos envuelve de nuevo. Pero este silencio no se parece en nada al del viaje de ida. No hay muros de cristal entre nosotros, ni esa necesidad de llenar el aire con pullas sarcásticas para protegernos.

Es un silencio de complicidad. Es el peso de lo que ocurrió frente a la chimenea, grabado a fuego en el cuero de los asientos.

—¿Estás bien? —pregunta él sin apartar la vista de la carretera.

—Estoy... procesando el cambio de temperatura —respondo, intentando que mi voz no tiemble.

Erick extiende su mano derecha. No me mira, pero sus dedos buscan los míos sobre la consola central. Los entrelaza con una firmeza que me roba el aliento. Es un gesto posesivo, silencioso, una promesa de que lo que pasó en la cabaña no se va a quedar enterrado bajo la nieve.

—Nada ha cambiado, Marina —dice, y su voz tiene esa vibración de mando que usa en el vestuario, pero suavizada por una nota de vulnerabilidad que solo yo conozco—. No me importa lo que Miller diga, ni lo que publiquen esos buitres.

—Todo ha cambiado, Erick —le corrijo, apretando su mano—. Ahora tenemos algo que perder. Y mi trabajo es, precisamente, evitar que lo pierdas todo.

Él aprieta los labios y asiente, pero no me suelta. Conducimos durante dos horas por el desfiladero, bajando hacia la civilización. A medida que las señales de tráfico y las luces de las gasolineras empiezan a aparecer, siento cómo la presión profesional vuelve a instalarse en mis hombros.

Cuando el perfil de The Ice Box aparece en el horizonte, Erick suelta mi mano. Es un movimiento necesario, casi clínico, pero el frío que deja en mi palma es instantáneo.

—Máscaras arriba, Soler —murmura él, deteniendo el coche frente a la entrada principal, donde ya se vislumbran un par de furgonetas de prensa.

Me arreglo el pelo en el espejo, me pinto los labios de ese rojo guerrero que es mi marca personal y respiro hondo. El capitán y la consultora han vuelto. Pero mientras bajo del coche y los flashes empiezan a estallar a nuestro alrededor, el sabor a whisky y nieve de su beso sigue quemándome los labios, recordándome que, a partir de ahora, cada mentira que diga ante los micrófonos será para proteger la única verdad que me importa.

Capítulo 22: El secreto

La oficina del estadio nunca me había parecido tan pequeña, ni el cristal que da a la pista de hielo tan peligrosamente transparente.

Estoy revisando el informe de métricas cuando la puerta se cierra con un clic metálico. No necesito levantar la vista para saber quién es. El aire de la habitación cambia, cargándose de esa electricidad estática que solo Erick desprende.

—No deberías estar aquí —susurro, aunque mis dedos ya han dejado de teclear.

—Lo sé —responde él.

Siento su presencia detrás de mi silla. Erick se inclina, apoyando las manos en los brazos de mi asiento, atrapándome. Su olor a hielo y a ese perfume cítrico que ahora reconozco en mis propias sábanas me marea. Me gira la silla con un movimiento firme y se acuclilla frente a mí, invadiendo mi espacio con esa arrogancia que me hace temblar.

—Tengo cinco minutos antes de la reunión de táctica —murmura, y su mano busca mi nuca, tirando de mí hacia él con una urgencia que me corta el aliento.

El beso es rápido, robado, cargado del miedo a ser descubiertos. Es un contraste violento con las noches largas en su apartamento de techos altos y ventanales que dan a la montaña. Allí, entre las sombras de su habitación, el tiempo se detiene. No hay relojes, solo el roce de su piel contra la mía y el sonido de nuestras confesiones en voz baja.

Pero aquí, en The Ice Box, somos dos extraños interpretando un papel.

—Erick, si alguien nos ve... —trato de decir entre besos.

—Nadie nos ve, Marina. Y si lo hacen, que miren.

Se separa solo un centímetro, con los ojos grises encendidos. Me acaricia el labio inferior con el pulgar, borrando el rastro de su propio beso antes de ponerse en pie. Se ajusta la chaqueta del chándal del equipo y recupera esa expresión de capitán imperturbable en un abrir y cerrar de ojos.

—Te veo a las diez —dice, y su voz vuelve a ser profesional, fría, perfecta para el entorno.

Sale de la oficina sin mirar atrás. Me quedo sola, con el corazón martilleando contra mis costillas y el sabor de su imprudencia en mis labios.

Nuestro romance es un campo de minas. Cada encuentro en los pasillos secundarios, cada mirada que nos intercambiamos en las ruedas de prensa —donde mis ojos dicen una cosa y mis palabras otra— es un hilo que se tensa hacia la ruptura. Estamos viviendo en una burbuja de cristal en mitad de un estadio de acero, y sé que, tarde o temprano, alguien va a lanzar el primer golpe.

Capítulo 23: Cómplices en el vestuario

El vestuario de los Blizzard tras un entrenamiento es un caos de vapor, olor a linimento y el ruido sordo de las protecciones golpeando el suelo de goma. Me quedo en el umbral, con mi tableta en la mano, fingiendo que reviso el cronograma de la próxima entrevista.

—Vaya, vaya —la voz de Julián, el defensa veterano, resuena por encima del resto—. Si es nuestra salvadora. ¿Viene a darnos otra charla sobre cómo sonreír a cámara sin parecer que queremos asesinar a alguien?

Un par de jugadores sueltan una carcajada. Erick, que está sentado en su banco desatándose los patines, ni siquiera levanta la cabeza. Pero noto la tensión en sus hombros, esa rigidez que solo aparece cuando yo estoy cerca.

—Vengo a asegurarme de que el capitán no falte a su cita con la radio local —respondo con mi mejor tono gélido y profesional.

Samuel, el portero y el mejor amigo de Erick, se detiene mientras se quita la camiseta sudada. Sus ojos, astutos y acostumbrados a leer movimientos rápidos en el hielo, saltan de Marina a Erick y de vuelta a ella.

—Erick no va a faltar —dice Samuel, lanzándole una toalla limpia a su capitán—. De hecho, últimamente Erick no falta a nada. Está extrañamente... puntual. Y disciplinado. ¿No te parece, Julián?

Julián se apoya en su taquilla, cruzando los brazos sobre su pecho masivo. Una sonrisa burlona se dibuja en su rostro curtido.

—Es verdad. Ya no rompe sticks contra la valla cuando falla un disparo. Y el otro día, juraría que le vi silbando en las duchas. —Julián suelta un silbido corto y mira a Erick con malicia—. Parece que «El Témpano» se está derritiendo, señores. ¿Habrá salido el sol en Colorado y no nos hemos enterado?

El silencio cae sobre el vestuario. Erick levanta la vista. Sus ojos grises son dos pozos de acero, pero hay un brillo de advertencia que sus compañeros conocen bien.

—Cierra la boca, Julián —masculla Erick, aunque su voz carece de la rabia real de hace unas semanas.

—Solo digo que el ambiente ha cambiado —insiste Samuel, acercándose a Erick y bajando la voz, aunque no lo suficiente para que yo no lo oiga—. Te veo más... centrado, hermano. Sea lo que sea lo que está haciendo la señorita Soler, está funcionando. Quizás demasiado bien.

Erick se pone en pie, ignorando el comentario, y camina hacia las duchas. Al pasar por mi lado, su brazo roza el mío. Es un contacto de apenas un milisegundo, invisible para cualquiera que no estuviera buscando una confirmación, pero para mí es como una marca de hierro al rojo vivo.

—Diles que estaré listo en diez minutos —dice sin mirarme, con esa voz de mando que usa para el público.

Salgo del vestuario sintiendo la mirada de Samuel clavada en mi nuca. Ellos lo saben. O al menos, lo sospechan. El hielo que nos protegía se está volviendo demasiado transparente y, en este equipo, los secretos tienen la misma esperanza de vida que un disco de hockey en mitad de un partido de finales: ninguna.

Capítulo 24: Bajo el visor

El rugido de la multitud en The Ice Box ya no suena como un juicio, sino como un himno.

Desde mi sitio en el palco de prensa, observo las pantallas gigantes. El video que editamos con tanto cuidado —ese que muestra a Erick patinando con los niños de la fundación que inventamos (y que ahora es muy real)— termina con un primer plano de sus ojos. No son los ojos del "Témpano" que conocí; son los de un hombre que ha encontrado un propósito.

La campaña «El Capitán con Corazón» ha estallado en las redes sociales. Lo que empezó como una mentira para salvar un contrato se ha convertido en el fenómeno de la temporada.

—Lo has conseguido, Marina —murmura Miller a mi lado, brindando con una copa de champán—. Las ventas de merchandising se han triplicado. La gente no solo quiere ver hockey; quieren ver a Erick Vane.

—La gente quiere creer en los héroes, señor Miller —respondo, manteniendo la vista fija en la pista—. Solo les hemos dado una razón para hacerlo.

Abajo, el disco cae al hielo. El juego de los Blizzard ha cambiado. No es solo técnica; es una sinergia eléctrica. Erick se mueve por la zona ofensiva con una confianza renovada. Ya no juega para castigar al mundo, juega para ganarlo. Realiza un pase imposible hacia Samuel, que ha subido al ataque, y este anota por la escuadra.

El estadio explota.

Erick levanta los brazos y, por un segundo que solo yo detecto, su mirada se desvía hacia el palco. Es una conexión invisible que me recorre el cuerpo como un escalofrío. Ese triunfo es suyo, pero también es nuestro.

Tras el partido, el vestuario es una fiesta. Los patrocinadores hacen cola en el pasillo y la prensa se pelea por una declaración. Logro apartar a Erick hacia una de las salas de fisioterapia, lejos del ruido, con la excusa de repasar los puntos clave para la entrevista con la televisión nacional.

En cuanto la puerta se cierra, él me acorrala contra la camilla de masajes. El sudor aún brilla en su frente y su respiración es agitada, potente.

—¿Has visto eso? —pregunta, con la adrenalina del partido todavía en la voz.

—He visto a un capitán liderando a su equipo hacia los playoffs —respondo, tratando de mantener la compostura mientras su mano busca mi cintura.

—He visto a la mujer que ha salvado mi carrera —me corrige él. Se inclina y me besa con una intensidad que sabe a victoria y a deseo acumulado—. Me has dado una voz, Marina. Pero lo que me das cuando estamos a solas... eso es lo que me hace ganar ahí fuera.

Sonrío contra sus labios. Todo es perfecto. El equipo gana, su imagen es impecable y lo tengo a él. Sin embargo, en el fondo de mi mente, una pequeña voz me advierte: cuanto más alto volamos bajo los focos de esta campaña, más larga será la sombra si alguien decide apagar las luces.

Capítulo 25: Cena para dos

El apartamento de Erick es exactamente como él: minimalista, imponente y con aristas que parecen diseñadas para mantener al mundo a distancia. Sin embargo, esta noche, el olor a cedro y cuero ha sido sustituido por el aroma del ajo salteado y el vino blanco.

Erick se mueve por la cocina con una soltura que me sigue sorprendiendo. Se ha quitado la camisa y solo viste una camiseta de algodón gris que se ajusta a sus hombros como una segunda piel.

—No sabía que el Capitán de los Blizzard tuviera habilidades culinarias —digo, apoyada en la isla de mármol con una copa de vino entre las manos.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, Soler —responde él con esa sonrisa ladeada que hace que mi estómago dé un vuelco—. En Detroit, si no aprendías a cocinar lo que había en la despensa, no comías.

Cenamos frente al ventanal que ofrece una vista privilegiada de las luces de Vail Creek y las sombras eternas de las montañas. Por un momento, no hay cámaras, no hay estrategias de comunicación ni métricas de redes sociales. Solo somos dos personas compartiendo un plato de pasta y una botella de vino. Parecemos... normales. Parecemos una pareja real.

Y eso es lo que me aterra.

—¿En qué piensas? —pregunta él, dejando los cubiertos. Sus ojos grises me analizan con esa intensidad que siempre parece llegar al fondo de mis pensamientos.

—En que esto es peligroso, Erick. Mezclar mi nombre con el tuyo de esta manera... Si algo sale mal, no solo se acaba el romance. Se acaba mi reputación. Otra vez.

Erick se levanta y rodea la mesa. Se detiene detrás de mi silla y apoya sus manos en mis hombros. Su calor es instantáneo, un ancla que intenta fijarme al presente.

—Deja de planificar el desastre, Marina —murmura contra mi oído.

Se mete la mano en el bolsillo del pantalón y deja un objeto pequeño sobre la mesa, justo al lado de mi copa. Es una llave de

metal, pesada y brillante, unida a un llavero de cuero desgastado.

Me quedo sin aire.

—¿Qué es esto? —susurro, aunque la respuesta es evidente.

—Es el acceso a mi mundo —dice él, y su voz tiene una nota de vulnerabilidad que me corta el pulso—. No quiero que tengas que esperar a que yo abra la puerta. No quiero que esto sea solo un refugio temporal entre partidos. Quiero que sea tu casa cuando necesites huir de la tuya.

Miro la llave como si fuera una granada a punto de explotar. Es un compromiso tangible, una fisura enorme en mi armadura profesional. Mi mente grita que la devuelva, que mantenga los límites claros, que recuerde lo que pasó en España cuando mezclé los sentimientos con la ambición.

Pero mi corazón, ese traidor que Erick ha aprendido a domar sin esfuerzo, me obliga a alargar la mano. Mis dedos rozan el metal frío y luego envuelven la llave.

Erick me obliga a levantarme y me estrecha contra él. Sus brazos me rodean con una fuerza posesiva, y por un segundo, me permito creer que puedo tenerlo todo: el éxito profesional y el amor de este hombre de hielo. Es una mentira hermosa, pero mientras escondo el rostro en su cuello, no puedo evitar preguntarme cuánto tiempo tardará la realidad en echar la puerta abajo.

Capítulo 26: Puro Deseo

El estadio en penumbra es un animal dormido. Solo las luces de emergencia proyectan un resplandor azulado sobre el hielo vacío, haciendo que la pista parezca un lago congelado en un mundo muerto.

Subo las escaleras hacia los palcos privados con el corazón golpeándome las costillas. Erick me envió un mensaje hace diez minutos: «Palco 4. Ahora». No hay protocolos, no hay estrategias. Solo una necesidad que me quema la garganta desde que lo vi salir del vestuario hace unas horas.

Empujo la puerta del palco y el olor a él me recibe antes que su imagen. Erick está de pie frente al cristal, con la mirada fija en la pista oscura. Sigue llevando la ropa de entrenamiento: los pantalones negros ajustados y una térmica que marca cada músculo de su espalda. No se gira cuando entro, pero noto cómo sus hombros se tensan.

—Este lugar es peligroso, Erick —susurro, cerrando la puerta tras de mí. El clic de la cerradura suena definitivo.

—Todo lo que tiene que ver contigo es peligroso, Marina —responde él con voz ronca.

Se gira y la oscuridad del palco no alcanza a ocultar el fuego de su mirada. Cruza el espacio que nos separa en dos zancadas. No hay preámbulos, no hay palabras de cortesía. Sus manos me atrapan por la cintura y me elevan, sentándome en el borde de la mesa de caoba que preside el palco.

Suelto un jadeo cuando mis piernas se envuelven alrededor de su cintura de forma instintiva. Erick se encaja entre mis muslos, presionando su cuerpo contra el mío con una urgencia que me hace perder el sentido de la realidad.

—Llevo todo el día pensando en esto —gruñe contra mi cuello, y su aliento caliente me hace estremecer—. En este despacho, en el hielo, en cada maldito rincón de este edificio donde tengo que fingir que no eres mía.

—Erick... —su nombre es un ruego.

Sus labios chocan con los míos con una ferocidad que me deja sin aire. Es un beso desesperado, una entrega total que borra semanas de orgullo y distancias impuestas. Mis manos se hunden en su cabello, tirando de él, mientras él baja la cremallera de mi chaqueta con una impaciencia que me encanta.

El contacto de su piel contra la mía es el estallido de una tormenta que llevábamos tiempo conteniendo. El frío del cristal a mi espalda y el calor abrasador de su cuerpo crean un contraste que me nubla la razón. Erick me besa los hombros, la clavícula, descendiendo con una devoción que me hace sentir única, poderosa y vulnerable a la vez.

En este palco, suspendidos sobre el hielo que ha definido su vida y la mía, no hay contratos que valgan. Solo existe el ritmo de su respiración, la dureza de su cuerpo y la certeza de que nos hemos entregado por completo. Erick me mira a los ojos, con el rostro desencajado por el deseo, y en ese segundo comprendo que ya no hay vuelta atrás. He cruzado la zona de contacto y lo que hay al otro lado es un incendio que ningún invierno podrá apagar.

Capítulo 27: La sombra del pasado

El teléfono vibra sobre la mesita de noche de Erick a las seis de la mañana. El número es internacional, un prefijo de Madrid que no he visto en meses, pero que tengo grabado a fuego en la memoria.

Me deslizo fuera de las sábanas con cuidado de no despertar a Erick. Lo observo un segundo; duerme con una paz que solo parece encontrar cuando estamos juntos, con el brazo extendido hacia el lugar que yo ocupaba. Salgo al salón y respondo con la voz temblorosa.

—¿Diga?

—Hola, Marina. Sigues madrugando, veo que Colorado no te ha ablandado.

La voz de Alberto Rivas es como el roce de una lija. Es el hombre que me lanzó a los lobos en España, el consultor político que hundió mi carrera para salvar la suya. Siento cómo un escalofrío de náusea me recorre el cuerpo.

—¿Qué quieres, Alberto? No tengo tiempo para tus juegos.

—He visto tu trabajo con los Blizzard —dice, ignorando mi tono—. Impresionante. Has convertido a un bruto con patines en el nuevo novio de América. Pero seamos realistas: estás en un pueblo de mala muerte gestionando un equipo de segunda. Te tengo una oferta mejor.

Me apoyo en el ventanal. Fuera, la nieve empieza a caer de nuevo, pero esta vez no parece romántica. Parece una mortaja.

—No me interesa nada de lo que tengas que decir.

—Escúchame antes de colgar. El grupo inversor que quiere comprar a los Kings de Nueva York necesita que los Blizzard pierdan el patrocinio de la aerolínea esta semana. Si el equipo de Colorado cae, el valor de los Kings sube. Solo tienes que filtrar un par de documentos sobre las finanzas del dueño o... quizás algo sobre el temperamento real de tu capitán.

—¿Me estás pidiendo que los sabotee? —mi voz es un susurro cargado de odio.

—Te estoy ofreciendo la dirección de comunicación en Nueva York, Marina. La cima. Borrón y cuenta nueva. Tu nombre limpio, tu despacho en la Quinta Avenida y el presupuesto que quieras. Solo tienes que dejar que los Blizzard se hundan. Tienes tres días para decidir de qué lado estás: si del lado de los ganadores o del lado de un equipo que desaparecerá en dos temporadas.

Alberto cuelga. El silencio que sigue es ensordecedor.

Miro hacia la habitación. Erick sigue allí, confiando en mí, con la llave de su casa en mi bolso y su corazón en mis manos. Nueva York es todo lo que siempre quise. Es la redención profesional que me quitaron. Pero el precio es destruir al hombre que me ha enseñado que la lealtad no es una estrategia de marketing, sino una forma de vida.

Vuelvo a la cama y me acurruco contra la espalda de Erick. Él se mueve entre sueños y me rodea con el brazo, pegándome a su calor. Mi piel arde de culpa. Alberto ha lanzado el disco y yo tengo tres días para decidir si voy a pararlo o si voy a dejar que nos destruya a ambos.

Capítulo 28: Malentendidos

El aire en la cafetería de las afueras es denso, cargado del olor a café quemado y a viejas culpas. He elegido este lugar porque nadie del equipo suele acercarse aquí, pero el destino tiene un sentido del humor retorcido.

Frente a mí, Alberto Rivas sonríe con esa suficiencia que me revuelve el estómago. Se ha tomado la libertad de viajar hasta Colorado para "cerrar el trato" en persona.

—Nueva York te espera, Marina —dice, deslizando un sobre de cuero sobre la mesa—. Solo necesito esa confirmación. Una pequeña grieta en la armadura del capitán y el patrocinio caerá por su propio peso.

—Te he dicho que necesito tiempo —respondo, con las manos temblando bajo la mesa—. No es tan sencillo.

—¿No lo es? ¿O es que te has encariñado demasiado con el producto? —Alberto se inclina hacia delante, con los ojos brillando de malicia—. Recuerda quién eres. Tú no eres una de estas personas de montaña. Eres como yo. Somos tiburones, no salvavidas.

En ese momento, la puerta de la cafetería se abre. Una ráfaga de aire gélido entra en el local, pero no es nada comparado con el frío que se instala en mi pecho cuando veo quién entra.

Erick.

Lleva su chaqueta de los Blizzard y una gorra baja, pero su presencia es imposible de ignorar. Se queda petrificado a pocos metros de nuestra mesa. Su mirada salta de Alberto —impecable en su traje de tres piezas— a mí, y luego al sobre de cuero que descansa entre nosotros.

Veo el momento exacto en que la luz en sus ojos se apaga. Sus demonios, esos que aprendió a silenciar en la cabaña, despiertan con un rugido ensordecedor. Para él, la escena es clara: su consultora de imagen, la mujer que tiene la llave de su casa, está sentada con un extraño negociando su futuro a sus espaldas.

—Erick... —intento levantarme, pero las palabras se me atascan.

Él no dice nada. No hay gritos, no hay escenas dramáticas. Hay algo mucho peor: un silencio absoluto. Su mandíbula se tensa tanto que parece que va a romperse. Da un paso atrás, negando con la cabeza, con una expresión de decepción tan profunda que me desgarra por dentro.

—Así que esto era —masculla él. Su voz es un susurro gélido que corta el aire—. Solo era otra estrategia de comunicación, ¿verdad, Soler?

—No es lo que parece, por favor...

Erick se da la vuelta y sale de la cafetería sin mirar atrás. Alberto suelta una risita seca a mi espalda.

—Vaya —dice con falso pesar—. Parece que el Témpano acaba de volver a congelarse. Ahora que no tienes nada que perder aquí, ¿firmamos?

Le lanzo una mirada de puro odio, agarro mi bolso y salgo corriendo tras Erick hacia la nieve, pero su coche ya está rugiendo, alejándose por la carretera principal. El vacío que deja es inmenso. El malentendido es una trampa perfecta, y yo acabo de caer en ella de la mano de mi propio pasado.

Capítulo 29: La filtración

El mundo estalla en mi cara a las ocho de la mañana. No es una llamada de Alberto, sino un enlace de una web de cotilleos deportivos que se vuelve viral en segundos.

«¿El fin de la carrera de Vane? El secreto médico tras los muros de los Blizzard».

El artículo es quirúrgico. Habla de una microfractura crónica en su hombro derecho, la misma zona de su cicatriz de la infancia, una lesión que Erick ha ocultado incluso al equipo médico oficial para evitar que lo sentaran en el banquillo. Es un detalle que solo él y yo conocemos. El tipo de información que solo se comparte en la penumbra de una cama, entre susurros y promesas.

Mi teléfono suena. Es Miller. No me da tiempo ni a saludar.

—Espero que el sueldo en Nueva York valga tu alma, Marina —dice con una voz cargada de asco—. Seguridad te escoltará para recoger tus cosas. Estás despedida.

Llego al estadio en un estado de trance. La nieve acumulada en la entrada parece ceniza. Cruzo el pasillo hacia el vestuario, ignorando las miradas de odio de los jugadores que antes me respetaban. Al final del corredor, Erick me está esperando.

Sigue llevando el uniforme de entrenamiento, pero su rostro es una máscara de granito. Sus ojos grises, que hace unos días me miraban con una ternura que me hacía llorar, ahora están vacíos. Muertos.

—Erick, escúchame —suplico, acercándome a él—. No he sido yo. Alberto me buscó, sí, pero yo nunca...

—¿Cómo lo ha sabido? —me corta él. Su voz es un susurro gélido que me hiela la sangre—. ¿Cómo sabía lo del hombro, Marina?

—No lo sé, yo no le dije nada, te lo juro...

—¿Me lo juras? —Erick da un paso hacia delante, invadiendo mi espacio, pero esta vez no hay deseo, solo una rabia contenida que me hace temblar—. Te di la llave de mi casa. Te conté lo que nadie sabe. Te dejé entrar donde no dejo entrar a nadie. Y tú lo usaste para negociar tu salida de este "pueblo de mala muerte".

—¡Eso no es cierto!

—Te vi con él —la voz de Erick se quiebra por un segundo antes de volver a endurecerse—. Vi cómo te miraba. Vi el sobre. ¿Cuánto te han pagado por mi hombro? ¿Cuánto vale mi carrera en la Quinta Avenida?

—Erick, por favor...

—Vete, Soler —se gira, dándome la espalda—. Si te quedas un segundo más, voy a olvidar que una vez pensé que eras diferente. Vuelve a tu mundo de mentiras y comunicados. Aquí ya no tienes nada que salvar.

Me quedo sola en mitad del pasillo, viendo cómo el hombre al que amo se aleja hacia el hielo, convencido de que la mujer que lo rescató de las llamas acaba de prenderle fuego a su vida. El dolor es tan agudo que me cuesta respirar. Mi pasado me ha alcanzado y, en su camino, ha destruido la única verdad que me quedaba.

Capítulo 30: El muro de cristal

El frío del vestuario no proviene del hielo de la pista, sino del hombre que bloquea la entrada.

Erick está de pie, con los brazos cruzados y las piernas separadas, formando una barrera física que ningún guardia de seguridad podría igualar. Detrás de él, el resto de los Blizzard me observan con una mezcla de desprecio y decepción que me quema la piel. Samuel ni siquiera me mira; está demasiado ocupado ajustándose las protecciones, con la mandíbula apretada.

—Erick, necesito un minuto —digo, intentando que mi voz no se quiebre frente a los veinte hombres que ahora me consideran el enemigo—. Solo uno.

—Has tenido todas las noches de estas últimas semanas para hablar, Soler —su voz es un muro de cristal: transparente, afilada y mortal—. Ahora mismo, cada palabra que sale de tu boca suena a guion publicitario.

—Alberto me tendió una trampa. Él puso micrófonos, o tal vez...

—¡Basta! —el grito de Erick silencia el ruido de los patines en el vestuario. Da un paso hacia el pasillo, obligándome a retroceder—. No me importa cómo lo hiciste. Me importa que estabas allí. Me importa que, mientras yo dormía a tu lado, tú estabas calculando el precio de mi caída.

—¡Eso es mentira y lo sabes! —le grito, perdiendo la compostura —. ¡Me conoces, Erick!

Erick suelta una risa seca, un sonido desprovisto de toda la calidez que descubrimos en la cabaña. Se inclina hacia mí, reduciendo la distancia hasta que solo puedo ver el gris tormentoso de sus ojos, ahora desprovistos de cualquier rastro de humanidad.

—Ese es el problema, Marina. Pensé que te conocía. Pensé que eras el fuego que me iba a salvar del invierno, pero solo eras el sol que me cegó para que no viera el hacha.

Se gira hacia el equipo, dándome la espalda de forma definitiva.

—Escuchadme bien —ruge, y su voz de capitán llena cada rincón del estadio—. Esta mujer tiene prohibida la entrada a este vestuario,

a los entrenamientos y a cualquier zona privada del equipo. Si alguien la ve cerca de los jugadores, que avise a seguridad. Ya hemos tenido suficientes distracciones esta temporada.

—Erick, no puedes hacer esto —susurro, sintiendo cómo las lágrimas empiezan a nublarme la vista.

—Ya lo he hecho —dice sin mirarme—. Vuelve a Nueva York, Marina. Allí es donde perteneces. Aquí solo queda el hielo, y tú ya no estás invitada a pisarlo.

Cierra la puerta pesada del vestuario en mi cara. El estruendo del metal chocando contra el marco resuena en el pasillo vacío. Me quedo allí, sola, frente a un muro de cristal y acero que yo misma ayudé a construir. El "Témpano" ha vuelto, más sólido y letal que nunca, y esta vez, no hay fuego en el mundo capaz de derretirlo.

Capítulo 31: Silencio en las gradas

Mi apartamento en Vail Creek se siente como una sala de espera de un hospital. Hay cajas de cartón abiertas por el suelo, maletas a medio llenar y un silencio que zumba en mis oídos. Debería estar haciendo las maletas para Nueva York. Debería estar llamando a Alberto para aceptar ese despacho en la Quinta Avenida que tanto deseaba.

Pero no puedo moverme.

Me miro las manos y veo la marca de la llave de Erick que apreté con tanta fuerza antes de salir del estadio. Ya no la tengo; la dejé sobre su taquilla antes de que seguridad me escoltara fuera.

—No voy a dejar que ganes, Alberto —susurro para las paredes vacías.

Me siento frente al portátil. Si algo me enseñó mi padre es que la defensa no sirve de nada si no conoces el ataque del rival. Empiezo a desglosar el artículo de la filtración, palabra por palabra, código por código. Como consultora de imagen, sé que los metadatos de una imagen o de un texto siempre dejan un rastro, una huella digital que los aficionados al cotilleo suelen ignorar.

Rastreo el servidor de origen del correo que recibió el tabloide. Mis dedos vuelan sobre el teclado, impulsados por una rabia fría y lúcida. No fue un correo anónimo desde una cafetería. Fue enviado desde una red privada virtual, pero con una firma digital incrustada en el archivo PDF adjunto.

El corazón me da un vuelco cuando el nombre del autor del documento aparece en la pantalla.

No es Alberto Rivas. Es el asistente personal de Miller. El dueño del equipo.

Me quedo helada, mirando la pantalla mientras el mundo gira a mi alrededor. Miller quería vender el equipo. Miller necesitaba una excusa para forzar el traspaso de Erick a un mercado más grande y así liquidar las deudas de los Blizzard. Yo solo fui la distracción perfecta. Alberto y Miller se aliaron: uno conseguía sabotear a la

competencia y el otro se deshacía de un capitán demasiado leal a sus compañeros veteranos.

Me han usado. Nos han usado a los dos. Un fuego nuevo, mucho más peligroso que el deseo, empieza a arder en mi pecho. Erick cree que lo vendí por un despacho en Nueva York, pero la verdad es que ambos estábamos siendo subastados por el hombre que se sienta en el palco presidencial cada noche.

No voy a hacer las maletas. No todavía. Si «El Témpano» quiere hielo, le voy a dar una tormenta que no olvidará en la vida. Mañana es el partido contra los Kings, el que decidirá el futuro del equipo. Y yo no voy a estar en las gradas. Voy a estar donde la verdad no pueda ser ignorada.

Capítulo 32: La verdad

—Dime que tienes algo, Chloe. Por favor.

Estoy en mi coche, aparcado en un callejón oscuro, con el portátil conectado al punto de acceso de mi móvil. Al otro lado de la videollamada, Chloe, una de las mejores analistas de sistemas que conocí en mi etapa en Madrid, teclea con una velocidad que suena a ametralladora.

—He rastreado la dirección IP que me diste, Marina. El correo que enviaron a la prensa sensacionalista no salió de la red externa de Alberto Rivas —dice Chloe, y su rostro se ilumina con el brillo azul de su monitor—. El mensaje se originó dentro de los servidores de The Ice Box. Pero hay algo más.

—¿Qué? —siento que el aire me falta.

—El usuario que accedió a la carpeta de tu ordenador donde guardabas las notas de las sesiones con Erick... no era Miller. Fue su asistente, Thomas. El documento tiene una marca de agua digital que se genera cuando imprimes desde su terminal.

Me quedo mirando la pantalla, procesando la información. Thomas. El chico discreto que siempre me traía el café, el que tomaba notas en las reuniones y me miraba con una mezcla de servilismo y resentimiento. Siempre pensé que su frialdad era timidez profesional, pero era hambre. Hambre de mi puesto, de mi sueldo y de la atención de Miller.

—Él filtró lo del hombro —susurro, uniendo las piezas—. Sabía que si yo caía y Erick quedaba tocado, él se convertiría en la mano derecha de Miller para gestionar el traspaso y la crisis. Me ha usado como escudo humano.

—Tengo los registros de acceso, Marina —añade Chloe, enviándome un archivo pesado—. Thomas entró en tu sesión la noche que estabas en la cabaña. Aprovechó que el estadio estaba vacío para robar tus notas personales.

Cierro el portátil de golpe. Una mezcla de alivio y furia me recorre el cuerpo. No soy una traidora. No soy la mujer que Erick cree que soy. Pero el tiempo juega en mi contra. El partido contra los Kings

empieza en una hora y, una vez que el disco toque el hielo, la carrera de Erick —y su hombro— estarán a merced de unos rivales que ya saben dónde golpear.

Miro hacia la mole de acero y cristal que es el estadio. Las luces de los focos cortan el cielo nocturno de Colorado. Sé que tengo prohibida la entrada. Sé que Erick no querrá verme. Pero tengo en mis manos la prueba que puede derretir el muro que nos separa.

—Gracias, Chloe. Te debo una vida —digo antes de colgar.

Arranco el coche. No voy a entrar por la puerta principal. Voy a usar el pase de prensa que Miller olvidó desactivar y voy a cruzar ese vestuario aunque tenga que derribar a todo el equipo de seguridad de los Blizzard. La verdad está de mi lado, y esta noche, el Témpano va a tener que escucharme.

Capítulo 33: Consejos de un portero

El vestuario de los Blizzard es una tumba antes del partido contra los Kings. No hay música, no hay bromas. Solo el sonido del celo envolviendo las muñecas y el roce de las protecciones. En el centro de todo, Erick está sentado frente a su taquilla, con la mirada perdida en el suelo. Se toca el hombro derecho por encima de la camiseta térmica, una mueca de dolor cruzando su rostro por un instante.

Samuel, que ya tiene puestos los pesados protectores de portero, se deja caer en el banco a su lado.

—Te vas a cargar el hombro si sales así, Vane —dice Samuel con voz tranquila, pero firme—. Los Kings van a ir a por ti. Lo saben todo.

—No me importa —masculla Erick sin mirarlo—. El equipo necesita ganar.

—El equipo te necesita a ti, pero no como un mártir. —Samuel se quita el casco y lo deja entre sus pies—. Ha venido a la puerta de atrás. Hace diez minutos. Seguridad la ha echado de nuevo.

Erick se tensa. No hace falta que pregunte de quién habla. Sus nudillos se vuelven blancos alrededor del *stick*.

—Debería estar en el aeropuerto —suelta Erick con una amargura que podría envenenar el agua de la zona.

—¿Y si te equivocas, Erick? He visto a esa mujer trabajar. He visto cómo te miraba cuando creía que nadie la observaba. Una mujer que quiere venderte no te mira como si fueras el centro de su maldito universo.

Erick se pone en pie de golpe, cargado de una rabia defensiva.

—La vi con él, Samuel. Vi el sobre. Y hoy, mi historial médico está en todos los móviles del país. Las matemáticas no fallan.

Samuel se levanta también, sosteniéndole la mirada. A diferencia de Erick, Samuel es un hombre que observa antes de actuar, alguien que sabe que un portero no puede permitirse el lujo de perder los nervios.

—Las matemáticas no, pero la gente sí —Samuel le pone una mano pesada en el hombro no lesionado—. Escúchame bien, porque no voy a repetirlo. Llevas toda la vida huyendo de las llamas, protegiéndote para que nadie te queme. Pero esta vez, el hielo no te está salvando, te está asfixiando.

Erick intenta apartarse, pero Samuel no lo deja.

—Si la pierdes por no querer escuchar —sentencia Samuel con una frialdad que hace que Erick se quede helado—, habrás fallado el tiro más importante de tu vida. Y ese, amigo mío, no habrá sido culpa de ella, sino de tu maldito orgullo.

Samuel se encaja el casco y se encamina hacia el túnel de salida, dejando a Erick solo en el vestuario. El capitán se queda inmóvil, con las palabras de su amigo resonando en las paredes. El rugido del público empieza a filtrarse desde el estadio, pero por primera vez en su carrera, Erick Vane no está seguro de querer salir ahí fuera.

Capítulo 34: El gran sacrificio

La sala de prensa de The Ice Box está a rebosar. El aire huele a café frío y a la expectación carnívora de los periodistas que esperan el funeral de mi carrera. Me ajusto la chaqueta, sintiendo el peso del sobre con las pruebas en mi mano. No he dormido. No he comido. Pero nunca he tenido la mente tan clara.

Camino hacia el podio bajo una tormenta de flashes que me ciegan. Miller está sentado en primera fila, con una expresión de triunfo que se desvanece en cuanto nuestras miradas se cruzan.

—No voy a leer un comunicado preparado —empiezo, y mi voz suena extrañamente firme, proyectándose por toda la sala—. Estoy aquí para hablar de la verdad.

Abro el sobre y proyecto los metadatos en la pantalla gigante. El silencio que sigue es absoluto.

—La filtración sobre la salud del capitán de los Blizzard no vino de mi ordenador —explico, señalando los registros de IP y las marcas de agua digitales—. Vino del terminal del asistente personal de la presidencia. Un intento de sabotaje interno para forzar movimientos de mercado y destruir la reputación de este equipo.

El murmullo de los periodistas crece como una marea. Veo al asistente de Miller, Thomas, palidecer en un rincón antes de desaparecer por la puerta lateral. Pero no he terminado.

—Mi trabajo aquí era proteger la imagen de los Blizzard. Y para hacerlo de forma efectiva, debo ser la primera en dar un paso al lado. La campaña «El Capitán con Corazón» no fue una estrategia de marketing; fue el descubrimiento de la verdadera esencia de un hombre que da la vida por sus compañeros.

Hago una pausa. Miro directamente a la cámara principal, sabiendo que Erick está en el vestuario, viendo esto en el monitor antes de salir al hielo.

—Me han ofrecido volver a la cima en Nueva York. Me han ofrecido borrar mi pasado. Pero he aprendido que no se puede construir un futuro sobre la traición de quienes confiaron en ti. Por

eso, hoy anuncio mi dimisión irrevocable como jefa de prensa de los Blizzard.

Un jadeo colectivo recorre la sala.

—No quiero ser una distracción para el equipo en el partido más importante de su historia —concluyo, sintiendo un nudo en la garganta—. Solo espero que, cuando el hielo se rompa esta noche, todos recuerden que incluso el hombre más frío del mundo merece que alguien crea en su verdad. Gracias.

Bajo del podio sin responder preguntas. Atravieso el pasillo hacia la salida, sintiendo que me he quitado un peso de mil toneladas de encima. He perdido mi trabajo. He perdido Nueva York. Y probablemente, he perdido a Erick. Pero mientras camino hacia el aparcamiento bajo la nieve, por primera vez en años, me siento limpia. He lanzado mi último disco. Ahora, el juego está en sus manos.

Capítulo 35: El partido decisivo

El silencio en el vestuario es tan denso que casi se puede tocar. Los jugadores, ya con los cascos puestos, tienen la vista clavada en el monitor de la pared. Nadie respira. En la pantalla, Marina acaba de bajar del podio, desapareciendo tras una cortina de flashes.

Erick está de pie frente al televisor. Sus manos, envueltas en los pesados guantes de hockey, tiemblan de una forma que nada tiene que ver con el frío. La verdad le ha golpeado con más fuerza que cualquier *puck* a doscientos kilómetros por hora.

—Erick —la voz de Samuel suena a sus espaldas, cargada de una advertencia silenciosa—. Tenemos que salir. Ya.

Erick se gira. Su rostro es una tormenta de culpa y determinación. Se ajusta el casco, bajando la rejilla del visor, ocultando unos ojos que ahora arden con una furia renovada. Ya no es la furia ciega de Detroit; es un fuego frío, calculado, el de un hombre que sabe que tiene una deuda que pagar.

—Ganad este partido —dice Erick, y su voz resuena en el vestuario como un trueno—. Ganadlo por ella.

El túnel hacia la pista parece más largo que de costumbre. Al salir al hielo, el estruendo de *The Ice Box* es ensordecedor. El público ha visto la rueda de prensa; los carteles de «El Capitán con Corazón» se agitan con un fervor renovado.

En cuanto el disco toca el hielo, Erick se convierte en un rayo oscuro. Ignora el dolor punzante en su hombro derecho. Cada vez que un defensa de los Kings intenta golpearlo, él responde con una potencia devastadora, deslizándose entre las líneas enemigas con una agilidad que roza lo imposible.

En el último periodo, con el marcador empatado y el reloj agonizando, Erick recibe un pase de Samuel. Cruza la zona neutral, esquiva a dos atacantes y encara al portero rival. Por un instante, el estadio entero parece contener el aliento. Erick no piensa en el contrato, ni en el hombro, ni en los *playoffs*. Piensa en la mujer que sacrificó su redención en Nueva York solo para limpiar su nombre.

Lanza el disco. El sonido de la red sacudiéndose es el ruido más dulce que ha escuchado en su vida.

¡Gol!

El estadio estalla en un rugido que hace vibrar los cimientos de Colorado. Sus compañeros lo rodean, saltando sobre él en una melé de júbilo, pero Erick solo tiene la mirada puesta en un punto: el palco donde ella debería estar.

Hemos ganado. Estamos en los *playoffs*. Pero mientras se quita el casco y siente el sudor frío recorriéndole la cara, Erick sabe que la victoria más difícil todavía está por jugarse. Ella se ha ido, y él acaba de darse cuenta de que no hay trofeo en el mundo que valga la pena si Marina Soler no está allí para verlo levantarlo.

Capítulo 36: Sin protecciones

El vestuario es un estallido de gritos, champán y música atronadora. Los Blizzard celebran su paso a los playoffs como si hubieran ganado la final del mundo. Samuel intenta atrapar a Erick para un abrazo, pero él lo esquiva con una urgencia maníaca.

Erick no se detiene a hablar con Miller, que lo espera en el pasillo con una sonrisa hipócrita. Ni siquiera se queda a recibir el premio al jugador del partido. Se arranca los patines con una celeridad que hace que se le rompa un cordón y se calza unas botas cualquiera.

—¡Erick! ¡Los patrocinadores! —grita alguien a sus espaldas.

—¡Que se jodan los patrocinadores! —ruge él, lanzando su casco contra el banco.

Sale por la puerta trasera del estadio, con la sudadera del equipo empapada en sudor y los pantalones de hockey rozando contra sus piernas. El aire gélido de la noche le golpea la cara, pero no lo siente. Solo siente el vacío en el pecho que dejó la imagen de Marina despidiéndose ante las cámaras.

Conduce su todoterreno como un loco por las calles de Vail Creek, saltándose semáforos y derrapando en las esquinas heladas. Cuando llega al complejo de apartamentos de Marina, su corazón martillea más fuerte que durante el tercer tiempo.

Entonces la ve.

Su coche está en la entrada, con el motor encendido. El humo blanco del tubo de escape se eleva en la noche, mezclándose con la nieve que cae con suavidad. Marina está cerrando el maletero, vestida con el mismo abrigo de lana con el que llegó a Colorado. Parece pequeña, agotada y terriblemente sola bajo la luz naranja de las farolas.

—¡Marina! —el grito de Erick desgarra el silencio del barrio.

Ella se sobresalta, girándose con una expresión de pánico que se transforma en puro asombro al verlo. Erick salta del coche antes de que el motor termine de apagarse. Camina hacia ella con paso pesado, aún respirando como si estuviera en mitad de una prórroga.

—¿Qué haces aquí? —pregunta ella. Su voz es un susurro quebrado—. Deberías estar celebrando. Habéis ganado. Has ganado.

—No he ganado nada —Erick se detiene a un metro de ella. Se quita los guantes y los tira al suelo, desnudando sus manos, desnudando su orgullo—. He visto la rueda de prensa. Lo he visto todo.

—Entonces ya sabes la verdad —Marina se abraza a sí misma, intentando no temblar—. Espero que Miller reciba lo que se merece. Y Thomas también. Ahora, por favor, déjame irme. Ya no tengo nada que hacer aquí.

—Lo tienes todo —él da un paso más, invadiendo su espacio, obligándola a mirarlo—. Me tienes a mí, Marina. Si es que todavía me quieres después de lo imbécil que he sido.

Erick alza la mano, dudando un segundo antes de acariciar su mejilla fría con los dedos que aún huelen al cuero del stick. No hay protecciones, no hay armaduras de hockey, no hay muros de cristal. Solo un hombre de Detroit que ha tardado toda una vida en entender que el hielo no es un refugio, sino una cárcel si no tienes a nadie con quien compartir el deshielo.

Capítulo 37: Perdón bajo la nieve

La farola de la entrada del complejo parpadea con el mismo zumbido eléctrico que el primer día que llegué a Vail Creek. Entonces, el frío me pareció hostil y Erick Vane me pareció un error monumental. Ahora, bajo este mismo cono de luz naranja, el mundo se ha detenido.

—No me pidas que me quede, Erick —susurro, aunque mis pies no se mueven ni un centímetro hacia el coche—. Me echaste. Me llamaste traidora delante de todos.

Erick baja la cabeza. El sudor del partido se está enfriando en su frente, convirtiéndose en escarcha. No se arrodilla físicamente, pero su postura, con los hombros hundidos y las manos abiertas, es la de un hombre que ha depuesto las armas definitivamente.

—Tenías razón en todo, Marina. En la cabaña, en el vestuario... siempre la tuviste —su voz se quiebra, perdiendo esa autoridad de capitán que tanto me intimidaba—. Fui un cobarde. Fue más fácil creer que me habías vendido que aceptar que alguien como tú pudiera quererme de verdad. El hielo...

Da un paso hacia delante, entrando de lleno bajo la luz de la farola. Sus ojos grises están húmedos, despojados de cualquier rastro de ese muro de cristal que nos separaba.

—El hielo solo servía para que nadie viera cuánto te necesitaba. Para que yo mismo no viera que, sin ti, solo soy un tipo que sabe patinar pero que no tiene a dónde ir.

Me quedo sin aliento. El perdón no es una palabra, es ese reconocimiento de su propia fragilidad. Erick Vane, el hombre que preferiría romperse un hueso antes que admitir un error, está desnudo frente a mí en mitad de una tormenta.

—Has renunciado a Nueva York por mí —continúa él, y su mano busca la mía con una timidez casi dolorosa—. Has limpiado mi nombre cuando yo te estaba arrastrando por el barro. No sé cómo compensar eso, Marina. No sé si una vida entera será suficiente.

El rencor que me mantenía en pie empieza a derretirse, transformándose en una calidez que me recorre el pecho. Veo al

niño de Detroit que temía ser abandonado y al hombre de Colorado que por fin ha aprendido a confiar.

—No quiero una compensación, Erick —respondo, acortando la distancia y apoyando mis manos en su pecho húmedo y cálido—. Solo quiero que, la próxima vez que el mundo se congele, no intentes luchar solo.

Él suelta un suspiro que parece el final de una guerra de cien años. Me rodea con sus brazos, alzándome del suelo y enterrando su rostro en mi cuello. El contacto es eléctrico, real, cargado de una promesa que no necesita comunicados de prensa ni estrategias de imagen.

—No te vayas —masculla contra mi piel—. Por favor, quédate. Quédate conmigo.

Cierro los ojos, sintiendo cómo los copos de nieve se funden entre nosotros. El coche sigue encendido, las maletas están listas, pero el viaje ha terminado. El Témpano se ha derretido por completo, y en su lugar, bajo esta farola vieja, solo queda el hombre que ha encontrado su hogar en mitad de la tormenta.

Capítulo 38: La nueva regla de oro

El motor de mi coche sigue ronroneando, listo para la huida, pero el calor de los brazos de Erick ha borrado cualquier deseo de marcharme. Me separo apenas unos centímetros de su pecho, lo suficiente para mirar ese rostro que ahora me pertenece sin reservas.

—Me quedo, Erick —susurro, y veo cómo la tensión abandona sus hombros de golpe—. Pero no vamos a volver a lo de antes. Si me quedo, hay una nueva regla de oro.

Él asiente, dispuesto a firmar cualquier tratado de paz que yo le proponga.

—Lo que me pidas, Marina.

—No más sombras. No más despachos cerrados ni encuentros furtivos en el pasillo de fisioterapia. Si el mundo quiere al "Capitán con Corazón", va a tener que aceptar que ese corazón tiene nombre y apellidos. No voy a esconderme detrás de una estrategia de comunicación nunca más.

Erick sonríe, y es la primera sonrisa de victoria absoluta que le veo. Una que no tiene nada que ver con el marcador del estadio.

—Me parece la mejor estrategia que has diseñado en tu vida —responde él.

En ese momento, el silencio de la calle se rompe. Tres todoterrenos aparecen doblando la esquina, haciendo sonar el claxon y con las ventanillas bajadas. Son Samuel, Julián y la mitad de la plantilla de los Blizzard. Vienen eufóricos, con las caras pintadas y bufandas del equipo al cuello, buscándome para celebrar el triunfo y, probablemente, para asegurarse de que su capitán no ha cometido la mayor estupidez de su historia.

—¡Mirad eso! —grita Julián desde el primer coche, frenando en seco al vernos bajo la farola.

Erick no se tensa. No intenta alejarse de mí ni recuperar su máscara de profesionalidad. Al contrario, me rodea la cintura con un brazo posesivo y me atrae contra él, desafiando a los focos de los coches y a las miradas de sus compañeros.

—¡Vane, vas a llegar tarde a tu propia fiesta! —bromea Samuel, asomando la cabeza con una sonrisa de satisfacción pura. El portero nos observa y asiente para sí mismo; sabe que su tiro ha dado en el blanco.

—La fiesta empieza ahora —dice Erick en voz alta, para que todos lo oigan.

Me toma la cara con ambas manos y me besa delante de ellos, delante de la nieve y de los coches que iluminan la escena como si fuera el centro de la pista de hielo. Es un beso largo, profundo, que sabe a libertad y a un futuro que ya no nos da miedo.

Los jugadores estallan en vítores y aplausos, haciendo rugir los motores. Ya no somos la consultora y el activo del equipo; somos Marina y Erick. Y mientras el frío de Colorado nos envuelve, entiendo que el invierno ha terminado. No porque haya salido el sol, sino porque por fin hemos aprendido que, cuando dos personas se tienen la una a la otra, no hay hielo en el mundo capaz de apagar su fuego.

Epílogo: Puro Hielo, Corazón Caliente

Un mes después, el aire en *The Ice Box* sigue siendo frío, pero el ambiente es radicalmente distinto.

Camino por los pasillos del estadio con paso firme. Ya no soy una consultora externa que camina sobre cáscaras de huevo; en la puerta de mi nuevo despacho, una placa de cristal reza: *Marina Soler, Directora de Comunicación y Estrategia*. Miller tuvo que vender sus acciones tras el escándalo de Thomas, y la nueva directiva no solo me pidió que me quedara, sino que me dio carta blanca para limpiar el club.

Me detengo frente al túnel de vestuarios. La prensa está colocada en sus puestos, las luces están encendidas y el rugido del público es un latido constante.

Erick sale el primero, liderando al equipo hacia el calentamiento de los *playoffs*. Se detiene un segundo al verme. Ya no lleva el visor bajado; su rostro está descubierto, mostrando esa expresión de serenidad que solo yo sé cuánto le ha costado conseguir.

—Todo listo, Directora —dice con una sonrisa ladeada, esa que antes solo reservaba para la intimidad de la cabaña.

—Sal ahí fuera y dales un espectáculo, Capitán —respondo.

Él se inclina y me besa rápidamente en la mejilla, a la vista de las cámaras, de los patrocinadores y de sus compañeros. Ya no hay secretos. Ya no hay miedo. Su lealtad ya no es una carga, sino su mayor fortaleza.

Observo cómo salta al hielo. Erick juega con una libertad asombrosa, como si se hubiera quitado una armadura de mil kilos. El hombro está recuperado, pero su corazón es lo que realmente lo impulsa. A mi lado, Samuel se apoya en la valla mientras espera su turno para entrar.

—Ha cambiado —dice Samuel, observando a Erick marcar un golazo en el entrenamiento—. Antes jugaba contra el mundo. Ahora juega para él. Y para ti.

—Todos hemos cambiado, Samuel —le digo, mirándolo de reojo—. ¿Y tú? ¿Cuándo vas a dejar de mirar el hielo como si fuera tu único

refugio?

Samuel suelta una risa corta, algo sombría, y se ajusta el casco de portero.

—Lo mío es más complicado, Marina. Mi muro es mucho más grueso que el de Erick.

Lo veo alejarse hacia la portería y anoto mentalmente: *Samuel es el siguiente*. Pero esa será otra historia.

Erick me busca con la mirada desde el centro de la pista y levanta el *stick* en mi dirección. Es un gesto sencillo, casi invisible para el resto, pero para mí es el mundo entero. El "Témpano" ha encontrado su deshielo, y yo, en mitad de las montañas de Colorado, he encontrado por fin el hogar que Nueva York nunca pudo darme.

Tengo un corazón caliente en un mundo de puro hielo. Y no lo cambiaría por nada.